REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIV — San José, Costa Rica **1932** Sábado 7 de Mayo — Núm. 16

Año XIII. No. 584

SUMARIO

Kimiko

= Traducción de *S. de la S.* para *Rep. Americano* =

Wasuraruru
Mi naran to omo
Kokoro koso
Wasuré nu yori mo
Omoi nari-keré. (1)

I

El nombre está pintado en una linterna de papel a la entrada de una casa en la Calle de las Geishas.

Vista de noche, esa calle es una de las más raras del mundo. Es estrecha como un pasadizo; y la maderería de los frontispicios, todos herméticamente cerrados,—cada uno con una puertecita deslizable, de tableros de papel que parecen de vidrio opaco,—hace pensar en camarotes de primera clase. La verdad es que los edificios son de varios pisos; pero esto no se observa a primera vista—especialmente si no hay luna—porque sólo los pisos a ras de la calle están iluminados hasta los toldos plegadizos, por encima de los cuales todo es oscuridad. La iluminación es de lámparas, colocadas detrás de las puertas que tienen tableros de papel, y de farolillos que cuelgan fuera—uno sobre cada puerta. Se mira a lo largo de esta calle entre dos ringleras de tales farolillos, convergentes a lo lejos en una sola tira inmóvil de luz amarilla. Algunos de estos faroles tienen forma ovalada; algunos cilíndrica; otros son de cuatro lados o de seis; y llevan rótulos en caracteres japoneses bellamente escritos. La calle es muy callada—silenciosa como exhibición de mueblería fina en alguna gran exposición después de la hora de cierre.—Esto es así porque las vecinas en su mayor parte andan fuera—en banquetes y otras festividades. Su vida es de la noche.

La leyenda en la primera linterna de la izquierda, yendo hacia el sur, dice **Kinoya: uchi O-Kata;** y significa La Casa de Oro en que habita O-Kata. La linterna a mano derecha dice la Casa de Nishimura, y de una muchacha Miyotsuru—nombre que quiere decir La Cigüeña que Magníficamente Existe. Sigue, a la izquierda, la Casa de Kajita;—y en esa casa viven Kohana, el Capullo de Flor, e Hinako, cuyo rostro es lindo como el de una muñeca. Al frente queda la Casa Nagaye en la que viven Kimika y Kimiko... Y esta luminosa doble letanía de nombres tiene media milla de largo.



La inscripción en la linterna de la última casa dicha, revela la relación entre Kimika y Kimiko,—y algo más; pues a Kimiko se la nombra **Ni-dai-me,** intraducible título honorífico que significa que ella es sólo Kimiko número 2. Kimika es la maestra y señora: Ha educado a dos Geishas, ambas llamadas, o rebautizadas por ella, Kimiko; y este empleo dos veces del mismo nombre, es prueba positiva de que la primera Kimiko—**Ichi-dai-me**— debe haber sido célebre. El apelativo profesional que ha llevado una Geisha desventurada o sin éxito jamás se le da a su sucesora.

Si alguna vez tenéis razón buena y suficiente para entrar en tal casa, abriríais la puerta deslizable, con lo que haríais sonar una campana de gongo anunciadora de visita—y podríais ver a Kimika siempre y cuando su pequeña **troupe** no estuviese comprometida esa noche. La hallaríais persona muy inteligente, y con quien bien vale la pena de conversar. Ella puede contar, cuando le viene en gana, los cuentos más notables—cuentos de verdadera carne y sangre—cuentos ciertos de la naturaleza humana. Porque la Calle de las Geishas está repleta de tradiciones—trágicas, cómicas, melodramáticas;—cada casa tiene sus recuerdos;—y Kimika las conoce todas. Algunas tradiciones son muy terribles; algunas os harían reír; y algunas os darían qué pensar. La historia de la primera Kimiko es de esta última clase. No es de las más extraordinarias, pero sí de las menos difíciles de entender para los occidentales.

II

Ya no hay más Ichi-dai-me Kimiko: Ella es sólo un recuerdo. Kimika estaba bien joven cuando le puso Kimiko a su hermana de profesión.

"Muchacha sobremanera admirable", es lo que Kimika dice de Kimiko. Para obtener renombre en su profesión ha de ser una Geisha o bonita o viva; y las famosas generalmente son las dos cosas—las han escogido desde tierna edad sus amaestradoras, de conformidad con la esperanza que dieran de tales cualidades. Hasta la clase más común de muchachas cantantes deben tener cierto encanto en sus mejores años—así sea sólo la **beauté du diable** que inspiró el refrán japonés de que a los dieciocho años hasta el diablo es hermoso (1). Pero Kimiko era mucho más que bonita. Se conformaba al ideal japonés de la belleza, y ese nivel no lo alcanza ni una mujer entre cien mil. También era mucho más que viva: Tenía refinamiento. Hacía versos muy exquisitos—podía arreglar flores con un gesto delicado, celebrar las ceremonias del té intachablemente, bordaba, hacía mosaico de seda: En una palabra, era gentil y su primera aparición en público hizo ruido en el mundo alegre de Kyoto. Era evidente que podía realizar la conquista que le viniese en gana hacer, y que la fortuna prohijaba su porvenir.

Pronto también fué evidente que se la había amaestrado a perfección para

---

(1) *"Desear que el amado nos olvide es tarea del alma mucho más dura que tratar de no olvidar".*—Poesía de KIMIKO.

(1) *Oni mo jiuhachi, azami no hana.* Hay un dicho parecido respecto al dragón: *ja mo hatachi* ("hasta un dragón a los veinte"),

su profesión. Se la había enseñado a conducirse en toda circunstancia posible, pues lo que ella no podía haber sabido le era perfectamente conocido a Kimika: El poder de la belleza y la debilidad de la pasión; la argucia de las promesas y el valor de la indiferencia; y toda la folía y el mal que residen en los corazones de los hombres. De manera que Kimiko cometió pocos errores y derramó pocas lágrimas. En corto tiempo demostró ser como Kimika deseaba que fuese—un tantito peligrosa. Así es la lámpara para los alados insectos nocturnos: De otro modo, la apagarían. El deber de la lámpara es volver agradables las cosas visibles: No tiene malicia. Kimiko no tenía malicia, y no era demasiado peligrosa. Padres de familia preocupados, descubrieron que no había de parte de ella intención de entrar a formar en familias honorables, pero ni siquiera de prestarse a idilios en serio. Pero no era particularmente misericordiosa para con aquellos mozalbetes que firman documentos con su propia sangre, y que le piden a una muchacha de baile que se corte la puntita del meñique de la mano izquierda en prenda de cariño eterno. Con ellos era lo bastante juguetona para curarlos de su majadería. Hombres ricos que le habían ofrecido sus casas y sus tierras, a condición de poseerla cuerpo y alma, la habían hallado aún menos misericordiosa. Uno de ellos fué lo bastante generoso como para comprarle la libertad incondicionalmente y a un precio tal que Kimika se hizo rica; y Kimiko se lo agradeció—pero siguió siendo geisha. Daba calabazas con tanto tacto que no despertaba odio, y sabía, en la mayoría de los casos, cómo hacer sanas las desesperaciones. Había sus excepciones, desde luego. Un viejo a quien se le ocurrió que la vida no valía la pena de vivirla si Kimiko no podía ser exclusivamente suya, la invitó a un banquete una noche y le pidió brindar en vino con él. Pero Kimika, acostumbrada a leer caras humanas, puso té (que es del mismo color) en vez de vino en la copa de Kimiko, y así, por instinto, le salvó la vida a la muchacha—pues apenas habían pasado diez minutos cuando el huésped insulso hacía la vía al Meido, solo, y, sin duda, grandemente desilusionado... Después de esa noche Kimika resguardaba a Kimiko como una gata montés cuida a sus gatitos.

La gatita se volvió manía de moda, boga loca—el delirio—una de las grandes cosas que ver y sensaciones que sentir, de la época. Hay un príncipe extranjero que recuerda su nombre: Le envió un regalo de brillantes que ella jamás se puso. Recibió multitud de otros presentes de cuantos podían darse el lujo de agradarla; y la ambición de la "juventud enchapada en oro" era obtener sus gracias, así fuese durante un solo día. Ello no obstante a nadie le permitió creerse favorito especial, y se negó a pactar cariños eternos. A toda protesta a ese respecto respondía que conocía su lugar. Hasta señoras respetables hablaban de ella no sin bondad—que jamás su nombre figuró en desavenencia o desgracia de hogar. En verdad que conocía su lugar. El tiempo parecía realzar su encanto. Otras geishas adquirieron renombre, pero ninguna podía comparársele. Ciertos fabricantes obtuvieron el derecho exclusivo de usar su fotografía en las etiquetas de empaque de su producto; y esa etiqueta enriqueció a esa casa.

Pero un día corrió de boca en boca la sorprendente noticia de que a Kimiko al fin se le había enternecido el corazón. Le había dicho un adiós de verdad a Kimika, y se había ido con alguien capaz de darle todos los trajes preciosos que ella quisiera—alguien deseoso de darle posición social también— y de callar todo chisme referente a su pasado pecaminoso—alguien pronto a morir diez veces por ella, y por ella ya medio muerto de amor. Kimika dijo que un tonto había tratado de matarse por amor de Kimiko, y que Kimiko se había apiadado de él y lo había cuidado hasta devolverlo a su necedad normal. Taiko-Hideyoshi había dicho que sólo a dos cosas de este mundo le temía—a un necio y a una noche oscura. Kimika siempre le había temido a los necios; y un necio le había quitado a Kimiko. Y añadía, con lágrimas que no estaban del todo desprovistas de egoísmo, que Kimiko nunca regresaría a su lado: Era caso de amor de parte de ambos y como para durar varias vidas.

Ello no obstante, Kimika sólo a medias tenía razón. Era muy sagaz, no cabe duda; pero jamás había podido ver ciertos rincones secretos del alma de Kimiko. Si hubiera tenido esa visión hubiera gritado de asombro.

III

Entre Kimiko y las otras geishas había una diferencia de sangre noble. Antes de asumir su nombre de batalla, se llamaba Ai, que escrito con el símbolo debido, significa amor. Escrito con otro símbolo, el mismo sonido silábico significa dolor. La historia de Ai es historia de dolor y de amor.

Se la había educado muy decentemente. De niñita se la había enviado a una escuela particular que tenía un samurai anciano, donde las muchachitas se sentaban, con las piernecitas cruzadas, sobre cojines, frente a mesitas escritorios de doce pulgadas de alto, y donde los maestros enseñaban de balde. En estos días en que los maestros perciben salarios mejores que los de los oficinistas oficiales, la enseñanza no es ni tan honrada ni tan agradable como antes era. Una sirviente acompañaba a la niña de su casa a la escuela, y de regreso, llevándole los libros, la cajita de escribir, el cojín de arrodillarse y la mesita.

Después ingresó en una escuela pública elemental. Acababan de publicarse los primeros textos "modernos"—de versiones en japonés de cuentos ingleses, alemanes y franceses sobre el honor, el deber y el heroísmo, con figuritas menudas e inocentes de gentes occidentales en trajes que jamás fueron de este mundo. Esos lindos libritos soñadores son ahora una curiosidad: Hace tiempo que se les ha substituído por compilaciones pretenciosas, editadas con mucho menos cariño y buen sentido. Ai aprendió bien. Una vez al año, en época de exámenes, cierto gran funcionario acostumbraba visitar la escuela y hablarles a los niños como si él fuese su papá, acariciándoles las sedosas cabecitas al distribuirles premios. Ese gran funcionario es ahora un hombre de estado que se ha retirado de la vida pública, y sin duda que ha olvidado a Ai;—y en las escuelas de hoy, nadie acaricia a las muchachitas, ni les distribuye premios.

Luego vinieron aquellos cambios de la reconstrucción nacional que hundieron a familias de rango en la oscuridad y la pobreza; y Ai tuvo que abandonar la escuela. Sobrevinieron muchas grandes tribulaciones, hasta quedarse sólo con su madre y una hermanita chiquitilla. La madre y Ai no sabían hacer casi nada sino tejer, y tejiendo y no podían ganar con qué vivir. La casa y las tierras primero—luego, mueble por mueble, artículo por artículo, todo cuanto no les era indispensable para existir—trajes heredados, joyas, mantos costosos, vajilla de laca adornada de escudos—pasó barato a aquellos a quienes la miseria ajena enriquece y cuya fortuna la llama el pueblo **Namida no kane**—"dinero de lágrimas". La ayuda que de los vivientes habían, era escasa—pues la mayoría de las familias samurai de su sangre estaban en idéntica pena. Pero cuando ya no quedó nada que vender—ni siquiera los libritos de escuela de Ai—se solicitó la ayuda de los muertos.

Porque se acordaron de que el padre del padre de Ai había sido sepultado con su espada, dádiva de un daimyo; y que los ornamentos del arma eran de oro. De manera que abrieron la sepultura y cambiaron la gran empuñadura de rarísima orfebrería por una común, y también le arrancaron los adornos a la funda de laca. La excelente hoja no la tomaron, porque el guerrero podría necesitarla. Ai le miró el rostro: El cadáver estaba sedente, muy recto de cuerpo, en la gran urna de barro bermejo que servía de ataúd a los samurai de elevado rango cuando se les enterraba conforme al rito antiguo. Aun podía reconocerse su fisonomía después de tantos años de sepultura; y parecía asentir con la cabeza a lo que se había hecho, cuando se le devolvió la espada.

Finalmente la madre de Ai se puso demasiado débil y enferma para trabajar en el telar; y el oro del muerto lo habían gastado todo. Ai dijo: "Madre, yo sé que no hay sino una sola cosa que hacer. Permíteme venderme a las muchachas bailarinas". La madre lloró y no respondió nada. Ai no lloró, pero salió sola.

Recordaba que en otros días, cuando se daban banquetes en casa de su padre, y las bailarinas servían el vino, una geisha libre, llamada Kimika, la había acariciado muchas veces. Ai se dirigió directamente a casa de Kimika. "Quiero que me compres",—dijo Ai;—"y quiero una gran suma de dinero". Kimika se echó a reir y le hizo cariño y le sirvió de comer y le oyó su historia—que Ai contó valientemente, sin derramar una lágrima. "Hijita",—dijo Kimika",—no te puedo dar mucho dinero; porque es poco lo que tengo. Pero esto puedo hacer: Puedo prometerte hacerme cargo de tu madre. Eso será mejor que darle mucho dinero por ti—porque tu madre,

hijita mía, ha sido gran señora, y por consiguiente no sabe emplear el dinero con astucia. Pídele a tu honorable madre que firme el bono—en promesa de quedarte conmigo hasta que cumplas veinticuatro años, o hasta el tiempo en que puedas pagarme. Y cuanto dinero tengo disponible, llévalo como dádiva mía, sin compromiso alguno". Así se hizo geisha Ai; y Kimika la rebautizó Kimiko, y guardó fielmente su promesa de cuidar de la madre y de la hermanita pequeña. La madre murió antes de que Kimiko se hiciera famosa; a la hermanita la pusieron en la escuela. Después sucedieron las cosas que ya hemos contado.

El joven que quería morirse de amor por una bailarina, era digno de mejores cosas. Hijo único, sus padres, gente de dinero y de la nobleza, estaban dispuestos a cualquier sacrificio para hacerle feliz—hasta el de aceptar como nuera a una geisha. Además, Kimiko no les era por completo antipática, por el cariño que le tenía a su hijo.

Antes de irse, Kimiko fué al casamiento de su hermanita, Umé, que acababa de dejar la escuela. Era buena Umé; era bonita. Kimiko había hecho el matrimonio, y para ello había empleado el perverso conocimiento que tenía de los hombres. Había escogido un mercader, hombre de ideas rancias, honrado, sencillo, muy sencillo—un ser que no podía ser malo aunque quisiera. Umé no puso en duda la sabiduría de su hermana, que el tiempo corroboró afortunadamente.

IV

Era el tiempo de la cuarta luna cuando llevaron a Kimiko al hogar que le tenían preparado—lugar donde olvidar toda desagradable realidad de la vida—especie de palacio de las hadas, perdido entre el reposo encantado de grandes jardines sombreados, silenciosos, rodeados de altos muros. Allí podría haberse sentido renacida, en virtud de buenas acciones, en el reino de Horai. Pero la primavera pasó, y llegó el verano y Kimiko siguió siendo Kimiko a secas. Tres veces había conseguido, por razones que se callaba, retrasar el día de la boda.

En el tiempo de la octava luna, Kimiko dejó de ser juguetona y dijo sus razones con gran suavidad pero con gran firmeza: "Ya es tiempo de que diga lo que tanto he tardado para decir. Por vida de la madre que me dió vida, y por vida de mi pequeña hermana, he vivido en el infierno. Todo pasó ya; pero la quemadura del fuego es cosa que llevo encima, y no hay poder que me lo pueda quitar. No es para tales como yo ingresar en honorable familia—ni darte hijo—ni levantar tu casa... Sufre que hable; porque en esto de conocer el mal, soy mucho más sabia que tú... Jamás seré tu esposa para llenarte de vergüenza. Soy tu camarada únicamente, tu compañera de diversión, tu huésped de una hora—y todo ello, no por dádiva ninguna. Cuando ya no esté contigo—¡seguramente que llegará ese día!—tendrás visión más clara. Aún me querrás muchísimo, pero no a la manera de ahora—que es manera de locura. Recordarás estas palabras de mi corazón. Te escogerán alguna dulce dama leal para que sea madre de tus hijos. Yo los veré; pero nunca será mío el lugar de la esposa ni jamás probaré la alegría de la maternidad. No soy más que tu insensatez, amado mío—una ilusión, un sueño, una sombra que cruza por tu vida. Algo más, puede que llegue a ser para ti en adelante, pero tu esposa nunca—ni en esta ni en la otra vida. Requiéreme de nuevo—y me voy".

En el tiempo de la décima luna, y sin ninguna razón imaginable, Kimiko desapareció—se esfumó—dejó de ser por completo.

V

Nadie supo ni cuándo, ni cómo, ni adónde se había ido. Ni en los alrededores de la casa que había abandonado nadie la había visto pasar. Al principio parecía que necesariamente debía volver. De todas las bellas y graciosas cosas suyas—sus trajes, sus ornamentos, sus regalos—¡una fortuna!—no se había llevado nada. Pero pasaron semanas sin tenerse palabra ni indicio de ella; y se temió que algo terrible le hubiera sucedido. Dragaron ríos y sondearon pozos. Por telégrafo y por carta se siguieron investigaciones. Se enviaron servidores fieles en su busca. Se ofreció recompensa a quienes trajesen noticias cualesquiera de ella, y a Kimiko se le ofreció premio especial,—siendo, pues muy de veras quería a la muchacha, que se hubiera sentido muy feliz de hallarla sin necesidad de que la recompensaran. El misterio se quedó en el misterio. Solicitar a las autoridades hubiera sido inútil: La fugitiva no había cometido crimen ninguno ni quebrantado ninguna ley; y la vasta maquinaria del sistema de policía imperial no iba a ponerse en movimiento para satisfacer el capricho apasionado de un mozalbete. Los meses se volvieron años pero ni Kimika, ni la hermanita de Kimiko que vivía en Kyoto, ni nadie de los millares que habían conocido y admirado a la linda bailarina, jamás volvieron a verla.

Y lo que ella había predicho sucedió; porque el tiempo seca todas las lágrimas y acalla todo anhelo; y ni siquiera en el Japón trata uno de morirse dos veces por causa de la misma pena. El enamorado de Kimiko entró en cordura; y le hallaron dulcísima persona para esposa suya, en quien tuvo un hijo. Y pasaron más años; y hubo dicha de nuevo en el palacio de hadas donde Kimiko había estado.

A ese hogar llegó una mañana, como en solicitud de limosna, una monja viajera; y el niño, al oír el llamado budista de **"Ha-í Ha-í"** corrió al portal. Y al instante una doméstica, que llevaba la acostumbrada dádiva de arroz, se maravilló de ver a la monja acariciar al niño y hablarle al oído. Entonces el niño le dijo a la sirvienta: "Déjame darle yo"; y la monja suplicó bajo la sombra veladora de su gran sombrero de paja: "Honorablemente permite que el niño me dé". Así el niño echó el arroz en la taza de la mendiga. Ella le rindió las gracias y rogó: "¿Me quieres decir de nuevo la palabrita que te he suplicado decirle a tu honorable padre?" Y el niño repitió, con su vocesita de niño, ceceosa: **"Padre, una a quien nunca verás más en este mundo, dice que su corazón se alegra porque ha visto a tu hijo".**

La monja rió dulcemente, y lo acarició otra vez, y se fué aprisa; y la sirvienta se maravilló más que nunca, mientras que el niño corrió a decir a su papá las palabras de la mendiga.

Pero los ojos del padre se nublaron al oír las palabras, y lloró sobre la cabeza del niño. Porque él, y sólo él, sabía quién había estado en el portal—y el sacrificio que significaba el misterio que ahora comprendía.

Ahora piensa mucho, pero su pensamiento no se lo dice a nadie.

Sabe que la distancia que hay entre sol y sol es menos que el espacio que lo separa de la mujer que lo amó.

Sabe que sería en vano preguntar en qué ciudad remota, en qué fantástico laberinto de callecillas estrechas y sin nombre, en qué oscuro templo pequeñito conocido sólo de los más pobres entre los pobres, aguarda ella la alborada de la Luz Inconmensurable—cuando el Rostro del Maestro le sonreirá,—cuando la Voz del Maestro le dirá, en tono de dulzura más honda que jamás fué la que brotara de labios de enamorado humano: **"Oh, mi hija en la Ley, tú has practicado la regla perfecta; has creído y comprendído la verdad más elevada;—por tanto llego a tu encuentro a darte bienvenida".**

Lafcadio Hearn

Haya de la Torre a la Nación

= *Envío del autor* =

(Concluye.—Véanse los números 14 y 15)

MUNICIPIOS Y PARLAMENTO FUNCIONALES

El programa del Partido Aprista Peruano considera la reorganización de nuestro sistema municipal y parlamentario como complemento esencial de la organización técnica del Estado y como base experimental de la democracia funcional. La ampliación del radio de acción de los municipios y su elevación a un rango superior de autoridad es condición esencial para la efectiva descentralización política y administrativa que la necesidad de progreso de la nación reclama. Organizados los municipios funcionalmente, conservando el derecho legal que hoy tienen los extranjeros para integrarlos, serían entidades técnicas de gobierno local con conocimiento inmediato de la región en que desenvuelven su actividad y con autonomía suficiente para actuar eficazmente.

Dando mayor poder,—político, económico y administrativo,— a los municipios, e integrándolos con representaciones sindicales y técnicas de cada distrito o provincia, el centralismo gubernamental perdería la fuerza excesiva que hoy tiene. El municipio sería la verdadera célula del organismo estatal y la mejor escuela práctica de gobierno.

Así como el municipio funcional representaría el gobierno local inmediato de una región económica o de una parte de ella, el Parlamento Funcional representaría el total de las regiones económicas o sea la nación. Ya el regionalismo económico es un punto de partida para la representación funcional en el Parlamento, desde el momento en que la división territorial se haría de acuerdo con la realidad del trabajo productivo actual o posible de cada región. Pero en el Parlamento Funcional, propugnado por el Partido Aprista, no sólo deberán estar representados todos los sectores de la producción y los organismos de circulación de la riqueza nacional. También deberán estar representadas las entidades profesionales y técnicas dependientes o no del Estado y los grandes Centros oficiales de cultura. La legislación, en todos sus aspectos, sería la obra jurídico-política de un cuerpo funcional en el que primaría el criterio técnico. La dirección exclusivamente política de todo plan legislativo quedaría subordinada a las necesidades de la realidad técnicamente interpretadas. El empirismo nocivo, el oportunismo confusionista, la fantasía y el afán de aplicar al país lo inadaptable,—características de nuestro sistema de legislación actual,—se corregirían progresivamente desapareciendo de las prácticas parlamentarias.

Hacia el Municipio y el Parlamento Funcional se orientaría, sin violentas soluciones de continuidad, la nueva organización del Estado, metodizando científicamente su aplicación, sin temor a rectificarla o a aplazarla cada vez que la realidad regional o nacional lo imponga.

OTROS PROBLEMAS FUNDAMENTALES DE APLICACION

Sobre las bases enunciadas, el plan de aplicación del programa del Partido Aprista Peruano puede ampliarse en razón directa con las posibilidades reales del país. Nuestro programa político-económico, no excluye ninguna actividad de la vida nacional o específicamente estatal. Las grandes cuestiones nacionales como la incorporación del indio a un plano superior de vida económica, social y cultural; la educación pública; la colonización de la montaña; el desarrollo de las vías de comunicación; la higiene social y la defensa del país, han sido considerados con especial atención y con el voto técnico de las agrupaciones de técnicos del Partido, al formular su programa. Partimos de un plan de reconstrucción económica nacional y de reorganización técnica y moral del Estado, sabiendo que son normas para un vasto desarrollo integral. Creemos que mientras no se afronte decididamente el problema económico nacional bajo la dirección directa y eficiente del Estado,—cuya inmediata reorganización es imperativa,—no podrá emprenderse ninguna gran tarea de efectivo beneficio social, político y cultural para la nacionalidad. Por eso sostenemos que es absolutamente necesaria la colaboración de todas las fuerzas vivas del Perú para emprender la obra de su reconstrucción de acuerdo con un plan científico. Creemos también que es inútil intentar remedios parciales. En el mismo campo de las finanzas los tanteos unilaterales resultan inocuos mientras no se comience por la economía en su plano de desarrollo exclusivo. Intentando una comparación objetiva es posible decir que la Economía es a las Finanzas como la Física a la Mecánica, o como la Medicina General a la Cirugía. Pretender dar movimiento a un cuerpo económico sin conocer las leyes fundamentales a que está sujeto, o tratar de operar en él sin saber su capacidad de resistencia es ir siempre a la aventura. El caso concreto de la Misión Kemmerer, cuyo fracaso anunció el Partido Aprista Peruano desde fines de 1930, es singularmente expresivo. El financista, por sabio que sea, no puede actuar eficientemente sin datos económicos exactos, sin material de investigación. Desconociendo la capacidad productiva y la capacidad adquisitiva de un país, su movimiento financiero será siempre limitado y aleatorio. El caso Kemmerer, que tiene en Bolivia y aun en Chile, precedentes ruinosos, es demostrativo no sólo de la incapacidad de muchos estadistas del civilismo para resolver ellos mismos los grandes problemas del país, sino de la ineficacia de los salvadores extranjeros, cuando representan intereses personales o nacionales extraños y cuando carecen de datos científicos para una obra realista.

PUNTOS POLÉMICOS

La brevedad del tiempo de que dispongo y las circunstancias en que me veo obligado a redactar esta exposición, no me permiten detallar más el comentario sobre todos los puntos del Programa Mínimo del Partido Aprista Peruano, contenidos en el Plan de Acción Inmediata a cuya lectura me remito. Quiero sí, antes de terminar, hacer mención de algunas de las muchas objeciones que se han hecho al Partido. Aunque parezca pueril, es necesario repetir que todas las acusaciones de la prensa amarilla civilista de que "El Comercio" es órgano representativo, no tienen ningún fundamento doctrinario. La opinión sensata del Perú conoce la obra de "El Comercio" en el país. Diario extraño a los intereses nacionales, fundado y poseído siempre por extranjeros cazadores de privilegios, ha combatido a todo aquel o a todo aquello que afectaba sus intereses o se hacía blanco digno de sus sórdidos enconos. Hacia la izquierda o hacia la derecha, enfrentó siempre "El Comercio" sus odiosos ataques, cuando las ideas de un hombre o de un Partido podían poner en peligro sus planes de aprovechamiento mezquino. Atacó a González Prada como atacó a Piérola, sin escatimarles adjetivos y calumnias. Se humilló ante Leguía, pávido ante las arbitrariedades de su poder, pero se ensañó con él al verle caído, negándole hasta los elementales derechos humanos del vencido, del prisionero y del moribundo. Sin ideas, sin doctrinas, sus ataques han sido siempre acometidas del irresponsable, cegado por la vanidad y el despecho, ajenos a toda serenidad y a toda grandeza. El Partido Aprista Peruano ha sido su víctima. Si es verdad que nos honra esta lucha con el gran Caliban de nuestra prensa política, no hemos de negar que su sistemática obra de difamación ha logrado engañar a ciertos sectores de la opinión menos culta del país o fortalecer los prejuicios de aquellos,—pocos por suerte,—cuya moralidad y mentalidad representa.

Haciéndose eco de todas las campañas, acentuándolas y empequeñeciéndolas "El Comercio" nos ha llamado igualmente fascistas y agentes del Imperialismo inglés,—recogiendo calumnias de los comunistas criollos,—como nos ha calificado de sectarios, traidores, antipatriotas y comunistas enmascarados. Sin saber o sin querer distinguir las diversas categorías partidistas de las doctrinas políticas de izquierda, ni aceptar la diferencia universal de grado entre los programas máximos y los programas mínimos de todos los partidos científicamente estructurados, confundió deliberadamente lo que en el Aprismo es aspiración lejana, señuelo ideal de justicia y de verdad, con sus planes inmediatos de método realista y constructivo para emprender la obra de reorganización integral del país que nos es imperativa. Su incitación de todas las pasiones inferiores de la política nacional les ha dado victorias aparentes que hoy goza con la ilusión de la victoria definitiva. Olvidando que el atropello y el abuso son en política como el vicio y el crimen,—declive en el que es difícil detenerse,—"El Comercio"

los ha alentado sin saber si su destino ha de ser perecer por ellos.

La corruptora táctica de ataque de "El Comercio" contra el Aprismo sirvió de acicate a todos nuestros adversarios para usar de semejantes métodos ofensivos. El grupo de comunistas criollos, cuyo representante tuvo siempre a su orden las columnas del diario civilista, ha usado de métodos parecidos de difamación. Vistiendo de falso doctrinarismo sus campañas personales, colaboró desde otro flanco a la guerra sin cuartel contra el Aprismo. No basta ser de izquierda para no ser mezquino ni el serlo, es condición inherente y exclusiva del militante de la derecha. La honradez, la convicción, el espíritu de justicia no tienen campo ni lado en política. Hay que exigir sí del izquierdista,—por ser soldado de una causa inspirada en principios eminentes, — que sepa despojarse de egoísmos y de pasiones que siempre significan bajo interés, inconciliable con la doctrina que profesa.

Por eso hemos reclamado siempre los apristas la dignificación de la lucha política. Formamos un partido de doctrina, el primero definitivamente organizado del país,y pedimos que se nos combatiera doctrinariamente. El miedo, el recelo, el alarmismo, son malas armas en política. Con el sacrificio personal y colectivo, con la férrea disciplina interior, con la visión superior de los problemas nacionales, hemos demostrado que no somos los "bandoleros" de que habla el señor Sánchez Cerro en su lenguaje pintoresco. Nadie puede negarnos ni honradez personal y política, ni decisión profunda de sacrificio. Justamente, por nuestra fe en la redención del Perú, por nuestra firmeza en el servicio de esa causa, quienes son incapaces de comprender las grandes devociones nos han llamado fanáticos y sectarios. No olvidemos que toda religión o que toda causa política encendida de fervores auténticos, ha merecido el nombre de secta de quienes no podían comprenderla o sentirla. Pero "el charlatanismo insincero no ha engendrado jamás grandes movimientos", ha escrito Carlyle. La fuerza del Aprismo en el Perú no sólo prueba que responde a un gran anhelo nacional sino que justifica históricamente su realismo. Nadie puede crear con éxito movimientos sociales o políticos contra el determinismo de la Historia. Pero es que el Aprismo no es una invención fantástica ni un capricho, ni un espasmo anárquico, ni una conjuración criminal. Más hondo y más fuerte, el Aprismo es el credo liberador de un pueblo que quiere redimirse.

EL APRISMO NO ES COMUNISMO

Mil veces ya hemos ratificado esta declaración terminante: el Aprismo no es Comunismo. Y no es Comunismo no porque los apristas lo declaremos. Nuestra afirmación está fundada en el propio Marx. El Comunismo científico, no el primitivo de los pueblos primarios, ni el utópico y verbal de los fantaseadores revolucionarios, es una etapa social y económica posterior al industrialismo capitalista. La gran industria crea al gran proletariado; cuando éste ha evolucionado suficientemente hasta alcanzar un alto grado de eficiencia y de cultura, es que el comunismo es posible. Del examen realista de nuestras clases sociales, hecho sumariamente en este mismo documento, hemos llegado a la conclusión de que nuestro proletariado es incipiente, como incipiente es nuestra industria. Hemos visto, también, que nuestro proletariado no es el proletariado manufacturero de los pueblos verdaderamente industriales. Nuestra industria es mayormente extractiva, de materia prima o medio elaborada. Consecuentemente, el grado de progreso cultural de nuestro proletariado es menor, es más lento que el del proletariado de las grandes industrias que "forjan la máquina" y producen la manufactura. Un pueblo es verdaderamente industrial "cuando produce los instrumentos de producción", cuando hace la máquina, cuando extrae y utiliza el hierro. Nuestros pueblos importan la máquina, nuestro proletariado aprende a manejarla, pero no puede forjarla. Por eso, nuestro industrialismo es económicamente colonial e incipiente y nuestro proletariado, como clase, no puede gobernar aun.

De otro lado, la industrialización del país de que hablaba en sus discursos el señor Leguía y hoy repiten muchos de nuestros viejos políticos, resulta una vana palabra. Industrializar el Perú, como Estados Unidos, Inglaterra, Alemania o el Japón, ha de ser por varias edades imposible. Imposible aun cuando imperara el socialismo en el mundo. Porque la competencia y la **superproducción** industrial de hoy no lo permiten; porque el costo de producción de una industria manufacturera en el país no toleraría concurrir con la de los países que han alcanzado un alto grado de evolución económica, social y técnica. Y aun cuando el socialismo fuera el sistema económico mundial, superindustrializar a nuestros pueblos sería retornar a la "anarquía de la producción", que es el término científico de Marx para señalar como origen de las crisis del capitalismo el afán de producir excesivamente, bajo el empuje de la competencia, más de lo que el consumo del mundo necesita o puede absorber.

Los apristas hemos sostenido y sostenemos también, que la realidad de Rusia no es la realidad del Perú. La posición, extensión y aislamiento geográfico de Rusia; su estupenda riqueza en productos naturales, su grado anterior de evolución industrial manufacturera y la característica psicología de su pueblo, han permitido el gigantesco y trascendental experimento que hoy realiza, cuyo resultado es aventurado prever; pero cuya importancia es absurdo desconocer. Sin embargo, es expresivo de la complejidad de los fenómenos económicos y sociales aun en los pueblos que han alcanzado un alto grado de industrialización, el hecho histórico de que naciones más avanzadas que Rusia, por su industrialismo, con proletariado que confina numéricamente con la mayoría de su población total, con problemas gravísimos de desocupación y crisis financiera, que están vecinos a Rusia, como Alemania, o cercanos a ella, como Inglaterra, no hayan seguido el camino de la revolución. Si hemos de aceptar, con Marx, el determinismo histórico, no es posible dejar de reconocer la trascendencia de experiencias tan palmarias ni olvidar que implican lecciones importantísimas para la apreciación de realidades como la nuestra.

Los mismos comunistas están seguros de la imposibilidad de implantar inmediatamente el sovietismo en nuestros países. En un libro interesante del escritor colombiano Cuadros Caldas, soldado de la revolución mejicana y observador realista de los fenómenos de nuestra América, se analizan las profundas diferencias entre el Aprismo y el Comunismo y se cita, de un editorial del diario oficial del Partido Comunista Francés **L'Humanité,** la opinión de los comunistas europeos sobre nuestra América. En esa cita se reconoce, de acuerdo con el marxismo, "que los pueblos latinoamericanos no están listos para el Comunismo y deben cumplir previamente su etapa democrática de evolución política", (Véase el libro **El comunismo criollo,** por J. Cuadros Caldas, México, 1929).

De otro lado, son bien conocidas las campañas del Comunismo contra el Apra. Mientras el Aprismo quiere "cumplir la etapa democrática", organizar constructivamente el Estado, educar, mejorar, defender y capacitar a las clases productoras del país, el Comunismo propugna la "agitación permanente" entre los obreros de las industrias extractivas, para entorpecer la producción y favorecer el progreso de las industrias similares en Rusia. El azúcar, el algodón, el petróleo, etc., latinoamericanos compiten en los mercados mundiales con los de Rusia. Contribuir a su no producción, en países como el nuestro, es favorecer la producción rusa. Por más que sepamos que todas esas industrias en el país pertenezcan casi totalmente a manos extranjeras y dejen muy poco al Perú, debemos tener en cuenta que el resultado inmediato del plan comunista sería la miseria de nuestra población laborante, sin expectativas inmediatas de mejoramiento, por no estar preparada para controlar la producción y gobernar el Estado por sí misma, como hemos demostrado.

Esta profunda diferencia entre el comunismo criollo,—a cuya propaganda ha ayudado "El Comercio",—y el Aprismo, es bastante para demostrar nuestra definida posición frente al Comunismo y a la labor negativa y odiosa de sus malos agentes en países como el nuestro, atentatoria contra la vida y progreso de las mismas clases que pretende defender. Por eso hemos visto que mientras "El Comercio" y los representantes del civilismo en la Constituyente, invocan a los comunistas criollos para atacar al Aprismo, nuestro Partido, — consciente de su misión defensora del pueblo,—es blanco de los odiosos ataques de esa alianza inexplicable.

PERUANICEMOS AL PERÚ

El Partido Aprista Peruano ha recogido, desde la iniciación de su labor política en el país, la sincera invocación de José Carlos Mariátegui, que en una época militó bajo las banderas del Apris-

mo: "Peruanicemos el Perú". Peruanizarlo es nacionalizarlo en el sentido integral y elevado del concepto. Es luchar por que sea Nación libre y justa. Y no podremos peruanizar el Perú mientras las grandes mayorías de los peruanos vivan en la ignorancia y en la miseria. No podremos peruanizarlo sin acometer humana y científicamente la redención del indio. No podremos peruanizarlo mientras vivamos en pleno coloniaje económico, hipotecando día a día nuestras fuentes de riqueza a cambio de empréstitos ruinosos. No podremos peruanizarlo, mientras el Estado sea instrumento de opresión y abuso y botín de riqueza de unos cuantos.

Por la peruanización auténtica e integral del Perú, lucha el Partido Aprista Peruano. Sin apartarse de la misión del mundo, sin desestimar ninguno de sus grandes fenómenos económicos, sociales y políticos, el Aprismo aspira a una obra de verdadero nacionalismo. Nacionalismo esencial y moderno que no excluya su sentido social y humano. Nacionalismo basado en el hijo de la Nación, que trabaja, que la sirve, que la integra. Por eso somos el Partido de las mayorías nacionales, de las grandes masas de peruanos que anhelan hacer valer sus derechos a la vida civilizada, que debe ser para un pueblo garantía de progreso material y cultural.

El llamado del Aprismo en nombre de la peruanización del Perú, no es una vana palabra. Es un esfuerzo concreto y realista cristalizado en un programa afirmado en principios científicos. No importa que la tarea que ese programa imponga sea vasta y compleja. Lo que importa es que sea realista y posible si hay fe y decisión para emprenderla. No importa que en la aplicación de nuestro Plan haya que rectificarse porque las rectificaciones a que obliga la realidad son nuevas experiencias aprovechables y hasta necesarias a toda obra política y social que no caiga en el utopismo. Lo que importa es que la obra de reconstrucción que el Perú necesita tenga una línea directiva, una orientación, un sentido. Nuestro Partido ha sabido darlos sin negar, ni antes ni hoy, la colaboración de todo aquel que pueda coadyuvar a nuestra obra con capacidad y con honradez.

Nosotros aspiramos a la máxima justicia y al máximo bien, pero no confundimos la gran aspiración ideal con el paso difícil que impone el largo camino para alcanzarla. No pretendemos que la tarea del Aprismo sea definitiva y eterna. Podrá superarse y debe superarse. Creemos, sí, que en nuestra generación y en nuestra época, el Aprismo ha señalado ya una misión y un camino. Para esta obra esforzada y salvadora, hemos fundado un Partido en el que sólo no tienen cabida quienes sean incapaces de sacrificarlo todo por la causa del nuevo Perú. Nuestra disciplina, nuestra organización, nuestra unidad, nuestro absoluto desinterés personal, son medios morales de educación individual, social y política, absolutamente necesarios en un pueblo como el nuestro al que faltó siempre el ejemplo saludable de directores preclaros. Porque es necesario repetirlo: Tan importante como la obra de reorganización material del país, consideramos la de su moralización. Una y otra están relacionadas. Los mejores programas económicos políticos fracasarían sin una enérgica tentativa para la educación moral del Perú. Ambas son para nosotros primordiales. Por eso, al mismo tiempo que hemos formulado un programa completo de reorganización económica-política, ofrecemos en las filas de nuestro Partido, la escuela de austeridad y de sacrificio que lo harán posible. Así marchamos hacia la "Peruanización del Perú".

SÓLO EL APRISMO SALVARÁ AL PERÚ

Ante la Nación y ante el Partido he de ratificar fervorosamente nuestra gran palabra de orden: "Sólo el Aprismo salvará al Perú". Que ella sea testimonio de nuestra convicción indeclinable de militantes políticos, y aliento a nuestra decisión de continuar luchando por la causa sagrada de la salvación nacional. Que en medio del ambiente sombrío que domina la República por la instauración de una nueva tiranía, resuene como una gran clarinada de optimismo. Desde el destierro y desde las prisiones han de repetirlo nuestros hermanos de lucha. De todos los ámbitos del Perú ha de resonar virilmente en un grito multánime de segura esperanza.

Causa de justicia, la persecusión y la calumnia sólo hacen más firme y más gloriosa la causa del Aprismo. El pueblo, que según las expresiones de Bolívar "siempre es más sabio que todos los sabios" y es "fuente de toda legitimidad y el que mejor conoce, con una luz verdadera, lo que es conveniente de lo que es justo", el pueblo que "es el único soberano", está con nosotros. Por que su causa es nuestra causa. Porque su dolor es nuestra bandera. Porque su anhelo profundo de renovación es el perenne acicate de nuestra lucha.

Y una vez más, he de decirlo, como soldado de esta gran cruzada nacional que avanza hacia la conquista de un Perú renovado por la obra empeñosa de sus hijos que trabajan: nuestro Partido no excluye de sus rangos a nadie que esté listo al servicio sacrificado y altruista del país. Sólo no caben en él los egoístas y los traficantes, los fariseos de la democracia y los sórdidos servidores del despotismo y la injusticia.

SÓLO EL APRISMO SALVARÁ AL PERÚ

Haya de la Torre

En la persecución, febrero de 1932.

Léase:

Ideario y Acción Aprista, por Haya de la Torre.—Buenos Aires. 1930. (1 vol.)

Teoría y Táctica del Aprismo, por Haya de la Torre.—1931. Lima.

Plan de Acción Inmediata, del Partido Aprista Peruano.—Lima. 1931.

IMAGENES DE LA LUNA

Endymion

= *Envío del autor* =

(Proverbios VII, 7-23)

Deteníale la madre
con ¡**Hijo, por Dios, no salgas!**
que están poniendo la mesa
y un olor llena la casa,
que el puchero está de punto
bailoteándole la tapa...
Y la hermanita más chica,
la hermana que más le amaba,
los ojos de ella en sus ojos
y la manita en su manga,—
le dice ¡**Me dejas sola:**
Tan triste que es la velada:
Tan largo que es el rosario:
Tan lúgubre el toque de ánimas!
Afuera, luna bermeja
surgía como una llama.

Afuera, de nochecita,
cuando la noche se entraba,
al caer la primer sombra
color de carne africana,
la luna, flor de la tierra,
pétalos de abracadabra
abría, redonda y roja
como una palabra mala:
Canción de congal de barrio
con ronquera en la garganta·
Y la ciudad repetía
aquella rumba de brama
quebrándola en los incendios
de cristal de las ventanas.
El insensato salía
por querer ir a bailarla.

Apenas dobló la esquina,—
como quien de la Sabana
coge camino de Heredia
por el Paso de la Vaca,—
cuando aquella le detiene
cazadora de las almas,
Hécate de los fenicios,
Agrotera, Cynthia, Diana,
Astarté de Babilonia
madre de bestias con alas,
Trivia de los caminantes
en cruce de las estradas,
Aricia, Taurica, Delia,
la cabra que Pan violara,
mulatilla cantonera
de las mejillas pintadas:
Ferviente en el cuchicheo,
la boca le besa lánguida:
Debajo del puente nuevo
agua del Virilla canta:
Hoy he cumplido mis votos
y celosa te buscaba:
Cubrí mi lecho con lino
del que en Egipto bordaban:
Con cinamomo y aloe,
con mirra, rocié mi cámara.
¡Embriaguémonos de amores
hasta que despunte el alba!
Mi marido anda de viaje
por una vereda larga:
Volverá con la otra luna...
¡Negro, que te quiero el alma!

Fonografillo portátil
en que la luna giraba,
levantando el corpachón
por las delanteras patas,
desde el fondo del Virilla
una rana que croaba
requería a Proserpina
potencia para su magia:
Decía ¡**Rumba, qué rumba,**
a ver si la rumba baila
enredado en la canela
cafre de carne cubana!

El insensato la mano
al horizonte alargaba:
Palpó tibio el plenilunio:
¡Ah, si música palpara,
qué nota firme y redonda
sería ésa, de guitarra!
Probó la rumba en sus labios
hacérsele carne humana:
Punzante sabor salobre
y de zumo de naranja.

Como buey al matadero;
como cría de la cabra
que retoza y de repente
el cuchillo la traspasa;
como pájaro que raudo
vuela, fatigando el ala,
hacia el lazo que tendido
le espera entre rama y rama,
se fue con la mulatilla
de mejillas escarlata
adonde la noche es negra
y jamás apunta el alba,
a la cueva sin memoria
de Latmos la legendaria,
por corriente del Virilla
habladora en la oscurana,
adonde la luna es rojo
carbón de tierra quemada...

Salomón de la Selva

San José de Costa Rica, Abril 1932.

Tabletas literarias

= *Envío del autor* =

William Spratling acaba de publicar en Jonathan Cape & Harrison Smith, New York, un interesante libro **Little Mexico,** ilustrado por el autor, con una carta-prólogo de Diego Rivera.

Noventa y dos páginas, inteligentemente escritas, contiene la "quasi novela" del poeta mexicano Renato Leduc. Auguramos un éxito literario para **Los Banquetes.** México, 1932.

L'esprit francais, París, 10 de diciembre de 1931, número 66, publica un estudio sobre letras mexicanas, firmado por E. A. Bouchout.

La nueva dirección del gran humanista Pedro Henríquez Ureña es: Superintendencia General de Enseñanza. Santo Domingo, República Dominicana.

La nueva dirección del escritor Max Henríquez Ureña, muy amigo de México, es: Secretaría de Relaciones Exteriores. Santo Domingo, República Dominicana. Nuestra enhorabuena a Max por haber sido nombrado Ministro de Relaciones de su país.

La **doctoral thesis** presentada por Jefferson Rhea Spell, de la University of Pennsylvania, fué un estudio sobre la vida y la obra del mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi. **Publication No. 23 of the Series in Romanic Languages and Literatures, University of Pennsylvania, Philadelphia, 1931.** 141 páginas.

Con esprit, con erudición y con cariño está escrita la página que sobre libros y noticias literarias, publica semanariamente en **El Universal Ilustrado** Antonio Acevedo Escobedo.

El 13 de abril del presente año será el primer centenario del nacimiento de Juan Montalvo.

Arturo Torres Rioseco de la University of California, Berkeley, prepara una **Antología de Cuentistas Mexicanos.**

La primera traducción que se hizo en México de André Gide: **Los límites del arte y algunas reflexiones de moral y de literatura,** fué realizada por Jaime Torres Bodet. Editorial Cultura. Octubre de 1920.

Xavier Villaurrutia es el último traductor de André Gide en México: **La escuela de las mujeres.** Ediciones de **La Razón.** 1931.

Ensayos fué el primer libro de Salvador Novo. México, 1925. Lo último que ha publicado después: **Lota de Loco** (Fragmentos). **Suplemento de Barandal.** México, 1931.

En el último número de **L'esprit francais,** París, 1931, Francis de Miomandre traduce **Primero Sueño,** poema de Bernardo Ortiz de Montellano.

En la misma revista el propio M. Miomandre hace un comentario sobre **Proserpina Rescatada,** de Jaime Torres Bodet.

Nombrado Embajador de México en España Genaro Estrada, deja de aparecer **Contemporáneos,** Revista Mexicana de Cultura.

Sur, la revista de Victoria Ocampo, publica en el número 4, algunas pinturas de Roberto Montenegro y fotografías del mexicano Alvarez Bravo.

—Un "suceso" ha sido en Nueva York la exposición de pinturas de Diego Rivera. Ramón Gómez de la Serna dió para el número 2 de **Sur** un gracioso e inteligente artículo sobre Diego.

Con motivo del estreno de **Ana Christie,** en el Teatro Fábregas, Salvador Novo sustentó una conferencia sobre el **teatro de Eugenio O'Neill.**

Novelas mexicanas en el cine. Primero **Santa,** de Federico Gamboa, dirigida por Antonio Moreno e interpretada por la menudita Lupe Tovar, adaptación de Carlos Noriega Hope. Ahora Noriega trabaja en la adaptación de **Clemencia,** de Altamirano.

En este año se cumple el centenario de la primera edición mexicana de **La Biblia,** en latín y español. Méjico. Imprenta de Galván, a cargo de Mariano Arévalo. Calle de la Cadena Núm. 2. 1832. 25 tomos.

Guillermo Jiménez

México, D. F., 1932.

Sobre incomprensión

= Trad. y envío de *Emilia Prieto* =

Un comentario periodístico acerca de algo que escribí yo hace poco parece haberme hecho comprender el significado de esta cuestión tan evasiva y difícil de captar que es lo moderno. Ese comentario a que me refiero puede tomarse como un muy claro ejemplo de la ideología de nuestra época.

Yo escribí recientemente que la música en las comidas hace difícil la conversación interrumpiéndola, y algunas gentes se dieron a comentar y a discutir si la música a las horas de comer tendrá del mismo modo algo que ver con la digestión:—este detalle será el punto de partida de mis argumentaciones.

Los que leyeron mi artículo saben bien que yo no hablé de digestión. No pensé en ella ni tampoco pasa jamás por mi mente ni cuando como ni cuando oigo música. Mucho menos se me ocurrió pensar en ella cuando escribí aquel artículo a que me vengo refiriendo, y la sola idea de que hubiera podido pasar por otra mente—para no decir ocupar otra mente—en conexión con la otra controversia, me parece un compendio de toda la estulticia, la bajeza y la vulgaridad de que está llena esta filosofía práctica de nuestros tiempos.



Gilbert K. Chesterton

Yo no alegaba que la música interviniera con la asimilación de los alimentos, sino con la conversación—que puede ser la de las tabernas o la de los grandes conversadores que piensan tanto en su digestión cuando comen como los héroes de la Iliada y del canto de Rolando pensaron en tomarse el pulso—o en medirse la temperatura—cuando celebraban sangrientas batallas. No me quejé de que para la comida sea mala la música, pero sí me quejé de que para la música sea mala la comida—y llegué hasta la impertinencia afirmando que si queremos oír buena música debemos escucharla con toda nuestra atención puesta en ella y no en otra cosa. Un músico notable ha de sentirse maltratado al saber que sus creaciones se traen para amenizar un lonche y llegaría hasta el asesinato si supiera de alguien que usó de ellas como auxilio a la digestión.

Pero lo que me interesa es esa inconsciente sustitución que hubo entre digestión—que yo no mencioné—y conversación que era a lo que yo me refería. Parece hallarse escondido en esto el secreto del caos espiritual por el que van dando tumbos nuestras sociedades. Es como un leve indicio de todo cuanto anda mal, cerebro, temperamento, recuerdos, sentimientos y también, indudablemente, digestión.

Todo eso que como ya dije anda mal vale la pena de que se analice después de localizarlo dentro de los elementos que hacen de él un conjunto monstruoso y siniestro. Antes que esta fantástica criatura de los males modernos se me vuelva a escapar yo la desecaré para intentar un diagrama de sus deformidades.

Primero está nuestra ciencia rancia y huera como una de las maldiciones de nuestro tiempo. La más estúpida y la más vil acción puede llegar a explicarse razonable y respetable, no dentro del hecho científico; pero sí dentro del lenguaje científico. Este tópico grotesco o por mejor decir grosero, se vuelve solemne por fisiológico. Cuántos hablan de proteínas, vitaminas, etc.!—pero ocultemos tras un velo esta escena horrible—es bastante con saber que un elemento en el todo conduce a que el cuerpo sea tratado como una cosa científica o que debiera tomarse en serio.

Luego andan todos sumidos en una soledad monstruosa y patológica. Cada hombre vive solo con su digestión como con un "demon". El vino y la música no son para él elementos que diluyan su alma dentro de un cordial espíritu de compañía. El vino es malo para su digestión y la música es buena para su digestión, por lo tanto se abstiene del uno y absorbe el otro en su triste aislamiento. Diógenes se recluía en un tonel y San Jerónimo en una cueva; pero más que eso, estos ascetas buscaban la caverna de su mundo interior. Hoy parece que cada hombre se empeña en hacer de su alma un jubón.

Finalmente nuestro materialismo llega hasta las más bajas formas del ateísmo—de ahí la creencia de que todo empieza en la digestión y no en la razón divina—que debemos partir del fin material si queremos trabajar desde el origen y el fondo de las cosas. Con esa desventurada e insenata filosofía se le asignan a la digestión atribuciones de creador y al organismo las del objeto creado, no quedando entonces en el fondo de la mente otra preocupación que la de esa cosa bruta que llamamos cuerpo. Por eso no pueden comprender el ridículo que hay en que un solo de violín ande supeditado a lo material y a lo bruto ya que esto constituye el único dios—según ellos—a que se ha de servir.

El hombre moderno está además poseído del terror de sí mismo—ya dije que sirve a su cuerpo pero también le atemoriza su cuerpo.—Una buena sugestión para un dramaturgo sería la creación simbólica de un hombre que huyera por las calles perseguido por su propio cuerpo. Esta tara no podrá definirse como ateísmo—más podríamos acercarnos a su definición si la tratáramos como lo que sería el culto al diablo—y no precisamente a esos diablos rojos de las pasiones y los placeres sino a los del miedo que son azules.

Por eso están ahí nuestros contemporáneos dando el cómico espectáculo de poner el carro a tirar del caballo. No comprenden que la digestión está en función de la salud y que ésta es vida y que la vida tiene como principal objeto inspirarnos el amor a la música y a todo cuanto es hermoso:—ellos invierten el orden y dicen que el gusto por la música ayuda a la digestión.—Tampoco podrían decirnos—si les preguntáramos—para qué quieren buena digestión, y aquí he de recordar a aquel filósofo medioeval que dijo que todos los males provienen de gozar de lo que es para usarse y de usar lo que es para proporcionar placer—y eso hacen nuestras gentes. Así los vemos sacrificar las únicas cosas que pueden darnos felicidad a lo que ellos llaman progreso y subordinar lo bueno a lo eficiente, siendo que lo bueno ya implica un fin y lo eficiente es tan sólo un medio que conduce a un fin. El progreso y la eficiencia no son más que instrumentos. La bondad y la felicidad son los frutos—esos frutos que han de ser producidos y determinados por aquellos instrumentos. Sin embargo cuántas veces son tomados los frutos como cosas baladíes y sólo se dirigen el interés y los propósitos hacia los instrumentos. Con eso nuestros hombres nos dicen que no se necesitan peces con tal de que haya muchos anzuelos. De ahí esa extraña inversión de valores al hablar de la música no sólo como un auxiliar de la comida pero de la digestión.

El espíritu insulso y decadente de nuestra época acepta esta trastrocada ideología sin ver sus monstruosidades. Esta ideología que no ha podido elevarse ni siquiera a lo cínico y que no puede condensar su esencia en una paradoja pesimista. Quienes a ella se acogen

(Pasa a la página 254)

RETRATOS ESPAÑOLES

Don Miguel de Unamuno

= De *La Nación*. Buenos Aires =

No espere el lector encontrar aquí un comentario más sobre la personalidad más destacada hoy en las letras españolas. El autor quisiera reducir su tarea a lo mínimo; a ordenar unas estampas en que se aparezca, a través de diversas sensibilidades y en el transcurso de los tiempos, la persona corpórea, que no la literaria, de nuestro don Miguel de Unamuno; si es que en Unamuno se pueden separar una de otra, y no es cabalmente el contenido de lo que da forma al vaso, contra las leyes de la física.

Ningún escritor menos objetivo que don Miguel de Unamuno, presente en cada obra suya desde el núcleo conceptual hasta los más menudos pliegues de superficie. Y ello así en su labor lírica, de poeta o de filósofo, como en los más desprendidos personajes de sus novelas y de sus dramas, en aquellos que le piden, como a creador, albedrío para vivir con vida propia. La omnipresencia de Unamuno en sus escritos da a la obra entera del escritor esa apariencia una y contradictoria que es la existencia individual en el hombre privado.

Desde su juventud, una cristalización, por decirlo así, de todo lo externo, desde el arreglo de la cara, con las gafas que prolongan el mirar en largo avance, siguiendo el doble rasgo imperioso de la naríz y barba, hasta el vestir, singular en su traza, sin otro vivo sobre el azul marino del traje cerrado que un blanquísimo cuello blanco, ha dado de la figura de don Miguel de Unamuno su aspecto único y propio. Los años apenas han hecho más que restar cierta soltura a las líneas del cuerpo, ágil a fuerza de sobriedad sin contemplaciones, y blanquean barba y cabello en vivo vellón.

Fuerza y recogimiento a la par, severidad y franqueza juntas, ninguna contemporización con modas corrientes; al contrario, fuerza contra corriente: esto es lo que se ve en la persona de Unamuno, desde el primer encuentro. Los que le hayan leído dirán si no ocurre lo mismo con cuanto escribe.

Buen modelo para pintores, ha tentado a cuantos tienen ánimo para investigar, frente a un hombre, su carácter profundo. Muchos artistas de España han llevado a sus lienzos los rasgos del gran pensador. Algunos se han quedado en cercanías. ¿Quién ha penetrado más adentro, sin que el respeto le cohibiera, antes bien, empleándolo como lámpara que le aclare el camino?

Difícil sería señalar uno u otro entre los muchos. He querido escoger unos cuadros, que nos dan, en cierto modo, la evolución de la personalidad, y partir de un retrato fotográfico que nos muestra a Unamuno en el Retiro de Madrid, departiendo con otro gran vasco, el pintor Zuloaga, que no ha dejado de incluirle en el cuadro, no terminado aún, que reune a sus más íntimos amigos. Las manos en los bolsillos del amplio saco azul obscuro a cuerpo, aun en invierno, Unamuno en ese retrato, de los días de la guerra europea, aparece tal como es, tal como sigue siendo, enemigo de cambios externos, él que en lo íntimo es todo cambio y lucha, inmutable también en esto de cambiar y luchar, constante en su perpetua "agonía", para decirlo con la expresión que él prefiere.



Miguel de Unamuno
(Por *Juan Echeverría*)

Si lo comparamos con el dibujo, no muy reciente sin duda, que él hizo de sí, con esa facilidad de dibujante que él tiene en mucho y que se une al arte de "escultor en papel" con que fabrica no ya esos pajaritos que le dieron motivo, en uno de sus libros primeros, para escribir un "tratado de cocotología", sino toda clase de seres; toda clase no, porque la evolución, en su habilidad tocante a tal arte, va, como toda evolución natural, más lenta que su pensamiento: hay seres naturales que todavía se resisten a su ciencia y dominio del papel plegado.

Es curioso cotejar ese testimonio del conocimiento de sí que nos entrega Unamuno con los testimonios ajenos, como lo es el juego de personalidades que analiza el autor en el prólogo de sus novelas ejemplares: ¿Qué soy yo para mí, para los demás, para Dios? Unamuno, en cuanto persona, es, para Unamuno, un complejo de ángulos agudos que dan carácter a una cabeza redonda, sólida.

Curioso retrato, de veinte años ya, el de Ramón de Zubiaurre, que le representa, pluma en mano sobre las cuartillas, en una Salamanca de cielo encendido, como si oyera la palabra de aquellas piedras doradas, tal como él lo escribió:

> De entre tus piedras seculares, tumba
> de remembranzas del ayer glorioso
> de entre tus piedras recogió mi espíritu
> fe, paz y fuerza.

El pintor de los remeros de Ondárroa ha retratado aquí a este otro remero, remero contra todas las corrientes, en un momento que parece de creación lírica. Las cuartillas de Unamuno han de ser, en ese retrato, de poesía; de esa poesía densa y sin halago más que para el más alto sentido que se agrupa en el tono juvenil de "Poesías" y que le ha dado, después, bravas flores de yermo para sus amores y más bravas saetas para sus iras civiles.

Otro retrato de Daniel Vázquz Díaz nos le presenta entregado, con un libro sobre las rodillas, más que a la lectura a la meditación. Los rasgos austeros de la persona no tienen el ímpetu que ha visto Zubiaurre. Todo el retrato es en su tonalidad gris, más encerrado y recóndito. En el paisaje de montañas, centro del cual es la figura, gravita la preocupación del pensador. Yo pondría este retrato al frente del "Sentimiento trágico" o de la "Agonía del cristianismo".

De él a uno cualquiera de los que trazó Juan Echeverría—el último terminado poco antes de que la muerte llamara, en pleno trabajo, al pintor—, va la distancia que media entre lo momentáneo y lo permanente. Vázquez Díaz da permanencia a un instante, como buen retratista. Como buen retratista también, Juan Echeverría se encara con el modelo para arrancarle su expresión definitiva.

Están trabajados, los más de esos retratos, en largas horas de comunicación de estos últi-



Unamuno (Por *Ramón de Zubiarre*)

mos años, para Unamuno de combate diario, de oposición terca, de sufrimiento y destierro. La expresión de las facciones se ha endurecido, y, se podría decir, ha encontrado su rima en el alma áspera, hecha con todas las delicadezas, del pintor, a sus anchas ante un carácter entero, reflejado en unas facciones típicas. Es de ver cómo, en esos retratos de Echeverría, la prominencia de nariz y barba, señalada por el lápiz sintético de Unamuno en su autorretrato, cobra el sumo vigor expresivo, y cómo la pincelada marca en sus planos la construcción del rostro, la noble arquitectura de la frente coronada por la masa blanca del cabello y en la boca cerrada que junta barba y bigote, el gesto de voluntad que ha llegado hasta las horas graves de hoy más que con la sonrisa del triunfo, con la mueca de la preocupación por el futuro de España.

Madrid, octubre de 1931.

Enrique Díez Canedo

Tres comentarios de Unamuno

= De *El Sol*, Madrid =

LA ENORMIDAD DE ESPAÑA

Téngome aquí con la confesión íntima, entrañable, de un castizo—"lígrimo" (legítimo) se diría en habla charruna—jabato español de hoy en día, de un chico de España, donde se acabaron ya los grandes de ella. ¡Y lo que me ha sacudido! Pues ¿hay acaso algo más malencónico que ver caer las hojas, amarillentas y ahornagadas, de la enredadera que se enreda a las ruinas y las enreda? ¿Y si esa enredadera fuese, no estéril yedra, sino fructuosa vid cuyos sarmientos lañaran en verde los ruinosos sillares desmoronados? Malencónico, digo, pues, pues que de romanceada—también charruna—malenconía, que no de culta melancolía se trata; de esa malenconía que remata en mal encono, en nuestro típico resentimiento celtibérico. Y es que resiento por los mal-enconos de este jabato lígrimo que se me confiesa no ya com-pasión sino con-miseración; es que me resiento no tan sólo padeciente, sino miserable con él y como él.

Vamos, chico..., tienes mucha razón, España no es alegre ni tiene porque alegrarse. Ni porque holgarse, que ni puede pararse a tomar huelgo, que el tiempo aprieta. Y la huelga suele dar en juerga, y los duelos con pan son menos. Lo que tiene España es que tomar contento—y contenido—que contentarse; mejor, tiene que conformarse con su destino, con su misión eterna y no sólo temporal. Conformidad. Pero ¿con qué forma? ¿Qué forma le daréis a España los que habéis nacido a la vida nacional y popular—civil y laica—bajo el sino de la República? Laica es religiosa. ¿Qué forma y qué norma?

Norma, sí, pues a muchos de vosotros —"¡estos chicos..., estos chicos...!"—, acaso a los mejores, se os reputa anormales. Y dejadme que en esto de la anormalidad me pare un poco.

Anormal, ya lo sabéis, es un vocablo híbrido—mestizo—de prefijo griego y tema latino. Lo propio latino, que se hizo castellano, es: enorme. Enorme es lo que se sale de norma, lo anormal. Y norma era una escuadra de que se valían los agrimensores romanos, una regla, por donde lo enorme es lo irregular, lo inescuadrado o acaso desescuadrado. ¿Y cuál la norma española? ¿Cuál la norma de cuando España, la eterna, talló aquende y allende la mar dos mundos"? ¿Cuál la norma, la escuadra, del universal imperio español, carolino y filipino, calderoniano y cervantino mejor: segismundiano y quijotesco—, iñiguiano y teresiano? ¿Cuál esa norma? Esa norma fué y es—y ésta sí que es paradoja, y trágica—la enormidad. La norma castizamente española es la enormidad, es una escuadra para encuadrar el cielo y tallarlo a nuestra medida. Lo anormal, nuestra normalidad.

Ya Nietzsche dejó dicho que España osó, se atrevió—esto es: se atribuyó—demasiado, y Carducci habló de "la afanosa grandiosidad española". Y, antes que ellos, Edgar Quinet—aquel apocalíptico profeta galo-romántico—, ya en 1844 ("Mes vacances en Espagne", publicado en 1857), cuando decía a nuestros abuelos que no vale una gota de sangre "enmascarar, desfigurar a Felipe II bajo una Constitución de papel" —¡así!—, les decía que tomaran la vía de la revolución propia que pide un alma regia, para lo que basta ser sencillamente español. Y les hablaba de la vasta herencia de democracia que la vieja Monarquía española había preparado, les hablaba de continuar una nación de hidalgos— "gentilshommes"— proletarios sin rebajarla a burguesía; de asombrar —"étonner"—a Europa en vez de imitarla. "No haréis nada de vuestro pue—les decía—si no le ponéis ante los ojos alguna alta misión a que Dios os convida... Encontraréis la América con doscientos hombres, las Indias con ciento cincuenta. No poseeréis ya ni una ni otra de las Indias, pero si el empuje interior de vuestro espíritu nacional vive todavía, descubriréis otros mundos sin salir de vuestra casa". Y acababa: ¿Por qué no habréis de combatir en vuestra fila de batalla el antiguo combate por la antigua Iglesia verdaderamente universal, no de Roma, sino del mundo; no del Papa, sino del Cristo?" La Iglesia cristiana nacional, civil y laica.

Y tres siglos antes que Quinet, en 1541, Miguel Servet, el bravío aragonés a quien hizo quemar, en nombre de Cristo, Juan Calvino en Ginebra—si no, le habría hecho quemar en Viena de Francia, y a nombre también del Cristo, el cardenal de Tournon, a él, y no a su efigie, que quemaron—dejó dicho que el ánimo de los españoles es inquieto y revolvedor de cosas grandes; "inquietus est et magna moliens hispanorum animus". ¡Revolvedor— y rumiador— de grandezas! Lo de Quinet, lo de Nietzsche, lo de Carducci, lo nuestro. Y este revolver grandezas es nuestra verdadera revolución. Revolución y revuelta, vuelta atrás. Pero no en el tiempo. Nuestra escuadra lo es de eternidad.

¿Devolverá, revolviéndose, el inquieto mocerío español de hoy y de mañana, su mocedad a la España de siempre? Aquella su enormidad es la gloria eterna de España. ¿La que pasó? La gloria no pasa, sino que se queda. O mejor, la eternidad que por el tiempo pasa se queda por encima y por debajo del tiempo. "Cualquier tiempo pasado fué mejor..." ¡No, no y no! Pero cualquier eternidad pasada es—no fué—mejor. Como tiempo no, aquel tiempo pasado del siglo XVI, su cuerpo temporal, no fué mejor, pero como eternidad, como alma intemporal, aquélla es mejor. Y "a reinar, fortuna, vamos, no me despiertes si sueño..." Tenéis que revolvernos al reinado de España, de su S. M. Imperial España.

"¿Simulación, verbosidad y sofística", que decía Servet? Ah, de esto ya hablaremos. ¿Verbosidad? Con el verbo hicieron nuestros antepasados lo mejor, lo más eterno que hicieron; con la palabra, y no con la espada. Norma, la palabra.

Y ahora ¡qué congoja me entra al ver caer de la verde enredadera hojas amarillentas y ahornagadas sobre los ruinosos sillares de la patria!

DIA DE REYES: DIA DE MAGOS

El 6 de enero, día de reyes. Pero en rigor no es así, sino día de magos. La iglesia católica romana celebra la festividad de la epifanía, de la aparición o mostración del niño Jesús, aun no rey— no lo fué hasta su muerte en cruz,—a los magos. Magos y no reyes les llama el Evangelio. Los magos no eran, por ello sólo, reyes. Mas ¿por qué la leyenda, la tradición popular ha hecho de los tres magos de Oriente tres reyes y el uno negro? Porque el mago, sacerdote, era un rey de la palabra, pues con ella regía a los hombres y hasta a las cosas.

La magia, el conjuro, era el poder creador y curador, restaurador, de la palabra. La palabra hacía cosas. Y de la magia, el lenguaje creador, nació la religión. (Véase la teoría de Pierre Janet sobre el origen del lenguaje). El centurión del Evangelio, cuando va en Capernaum a decirle a Jesús que le cure a un su criado y Jesús le dice que irá y le sanará, aquél le responde que no es digno de que entre bajo su techado, sino que basta que diga una palabra para sanarle, pues "soy hombre bajo autoridad—añade—y tengo bajo de mí soldados, y digo a éste: "¡Ve!" y va, y al otro: "¡Ven!", y viene, y a mi siervo: "Haz esto!" y lo "hace". Y el Cristo se maravilló de la fe que en la magia, en el poder misterioso de la palabra, tenía el centurión. Y el Cristo mismo se nos aparece como un mago que rige sólo con la magia de su palabra. Con un: "¡Lázaro, acá, afuera!" se cuenta que le sacó de la tumba en que yacía muerto. Y su Padre, el Dios cristiano, se dice que con una mágica frase: "¡Sea la luz!", hizo la luz, pues decir es hacer. Y dijo también: "Hagamos al hombre"... así, en conversación consigo mismo, en diálogos, pues conversación, diálogo—y diálogo dialéctico,—es la historia huma-

na que el Señor discurre. ¿Es pues, extraño que de los magos, magos de la palabra, se hiciera reyes, reyes de las cosas? Pero el mago no era propiamente un rey, en el bajo sentido político.

El rey, por otra parte, podía ser un mago. En nombre del rey se ordenaba la ciudad; de real orden. La palabra real era un conjuro. Y conjuro es cosa de magia. Ese conjuro que sigue rigiendo como medio y como remedio curativo en nuestros campos. Y es curioso que la voz popular "mego"—muy usada en gallego: "meigo"—, blando, suave, apacible, tanto puede provenir de "magicus", como se supone, como de "medicus". O de las dos. La magia es la medicina y a la vez la religión popular campesina, la de conjuros, ensalmos y encantamientos.

La fiesta popular de reyes no es, pues, una fiesta específicamente monárquica, sino mágica. El aguinaldo es un presente mágico, de conjuro. Y los que iban a esperar a los reyes, a los magos, iban a esperar salud, sanidad. Jesús, el mago galileo, adorado de niño en Belén por los magos, se hizo, por su muerte en cruz, Cristo rey.

¿Y ahora? Todo sigue igual; la leyenda se anuda. La República aparece tan mágica como la realeza. Y hay quienes de ella aguardan aguinaldos. ¿Qué les echará en los zapatitos nuevos? ¿O es que la magia, al conjuro, al fetichismo o hechicería—pues "fetiche" es voz que tomamos del francés, y éste a su vez la tomó del portugués "feitico", pareja a nuestro "hechizo"—monárquicos no han sucedido acaso la magia, el conjuro, la hechicería y fetichismo republicano? La festividad tradicional del día de magos, de la epifanía de la palabra redentora, resulta, por lo tanto, tan republicana como monárquica. Es la festividad del poder mágico, milagroso, de la palabra, de la aparición del verbo. Y si no, no hay sino observar el poderío mágico, hechiceril, que muchos atribuyen al nombre de República, nombre de ensalmo y encantamiento, y todo el fetichismo que de esta atribución mística y mítica deriva.

Uno quisiera que ese poder mágico, de conjuro, ensalmo y encantamiento, de hechicería patria, se atribuyese, no al nombre de monarquía o de rey ni al de república, que son comunes, sino al santo nombre de España, que es propio. Porque ha habido y aun hay muchos reyes y muchas repúblicas; pero no ha habido ni hay más que una sola España. Y es de leer en la "Estoria de Espanna" que mandó componer el rey Alfonso el Sabio y se continuó bajo su hijo Sancho IV en 1289, aquel loor de nuestra España, la de aquel entonces y la de otros entonces, "segura e bastida de castiellos..., engenosa, atrevuda e mucho esforcada en lid..., affincada en estudio, palaciana en palabras"... Y acaba: "Ay, Espanna, non a lengua nin engenno que pueda contar tu bien".

¿Por qué se trastornó aquella lengua palaciana, engañosa—restauremos la vieja palabra que dejó caer luego el ingenio cultilatiniparlante—mega o mágica de tiempos del rey mago Alfonso X, el que hizo ordenar las "Partidas", aquella lengua del XIII que entonó tales loores al nombre conjurador y encantador y ensalmador de España?

Alfonso el Sabio sigue, como rey, rigiendo a España, porque fué un mago que nos dejó obras de palabra creadora y recreadora, sanadora y restauradora. Que sólo la obra mágica, milagrera, de la palabra—raíz de la cosa—resiste al embate de los siglos. Y esa obra mágica, milagrera, se debe al conjuro, al ensalmo, al encanto de España.

Día de magos; día de reyes.

SOBRE EL BUEY-APIS

Heródoto de Halicarnaso, llamado el padre de la historia—historia para tan fino escéptico valía por enquesta,—dechado de socarronería y agudeza jónicas—es decir, de temple liberal, al narrarnos del loco de Cambises, llega a cuando éste, en un ataque de furia racionalista, mató al buey Apis, ídolo viviente para los egipcios, diciéndoles: "¡Ah malas cabezas! ¿Semejantes dioses os nacen, de sangre y de carne y a que se hiere con hierro? ¡Digno es de los egipcios tal dios!" Matóle, y los sacerdotes lo enterraron a hurtadillas.

Y el socarrón de Heródoto comenta la loca insensatez de Cambises, pues tal estima el burlarse de las cosas y usos religiosos. Y añade el jonio: "Pues si alguien propusiese a cualesquiera hombres que eligiesen las mejores costumbres, examinándolas elegiría cada uno las suyas propias, pues piensan que son las mejores. No es, pues, de creer sino que se volvió loco el hombre que de ello se burla". Y da luego un caso como prueba de su aserto. "Darío—dice—, al principio de su mando, llamando a unos griegos presentes les preguntó por cuánto querrían comerse a sus padres fallecidos, y ellos le dijeron que no lo harían por nada, y después de esto, llamando a unos indios, por nombre Calatías, que se comen a sus padres, les preguntó delante de los griegos, y por medio de truchimán para que se enterasen de lo dicho, por cuánto dinero consentirían el quemar a fuego a sus padres fallecidos, y ellos, gritando mucho, le mandaron que se callase. Así va todo esto, y me parece que estuvo atinado Píndaro al decir que el rey de todo es la costumbre". "Nomos", la voz griega.

Impiedad para los unos sepultar a los padres en el vientre de los hijos, y ellos los queman; impiedad el quemarlos—la cremación—para los que se los comen.

Y si el socarrón de Heródoto, que así se chanceaba de la locura racionalista de Cambises, viviera hoy en España—vivió en la Grecia del siglo v antes de Cristo,—tendría no poco que socarrar de las manías católicas y de las anti-católicas, de las racionalistas y de las antiracionalistas de partidarios de unos u otros enterramientos.

Porque lo de la cremación no es, para los más de los que la propugnan, cuestión de higiene, sino de ir contra lo que estiman una superstición cristiana, la de la resurrección de la carne; es ir contra el sentimiento que llevaba a los antiguos egipcios a momificar sus cadáveres para conservarlos; contra el culto a la muerte. ¿A los antiguos egipcios? ¿Por qué se ha embalsamado, casi momificado, y vuelto a embalsamar al cadáver de Lenín, y se le expone a la adoración—¡así!—de los fieles bolcheviques, sino porque éstos siguen, quiéranlo o no, fieles a la tradición ortodoxa rusa, y esperan, no siempre a sabiendas, la resurrección carnal del nuevo padrecito de Rusia? Porque esos a quienes el mismo Lenín predicó la concepción materialista de la historia, la de Marx, y les enseñó que la religión, la de Cristo, es el opio del pueblo, están amasando otro opio tan supersticioso como el pasado, si es que no es el mismo. Que la historia no se corta.

Por otra parte, los que prendieron fuego a la capilla jesuítica de la calle de la Flor no debieron de proponerse reducir a ceniza un resto material de San Francisco Javier.

Lo más hondo del razonamiento escéptico y hondamente liberal de Heródoto de Halicarnaso estriba en decir que es abierta locura ir contra las arraigadas—es decir, radicales—costumbres de un pueblo, por absurdas y disparatadas que nos parezcan, cuando a nadie le estorban la vida, sino más bien se la consuelan, como ocurría con el culto que al buey Apis rendían los egipcios. Y acaso Heródoto presentía que los principios filosóficos racionales de la sabiduría helénica, la socrática, eran otro buey Apis. ¡Pues qué de mitos en la ciencia!

Cuéntase en mi tierra que en una villa guipuzcoana se reunieron antaño unos radicales anti-clericales a ver cómo podrían molestar más al cura, y uno de ellos dijo: "Sinagoga biar degu"; ¡nos hace falta una sinagoga! Mas como ninguno de ellos supiese en qué consiste ella y cómo se establece y funciona, acordaron proponer horno crematorio, no por razones de sanidad y policía urbana, sino por dar en la cabeza al párroco, que, a su vez, imponía ciertos ritos funerarios a los radicales muertos, no más que por dar en la cabeza a los vivos.

De todo lo cual se saca en limpio, conforme a la doctrina liberal—esto es: escéptica—del padre de la historia, que es locura e insensatez proponerse matar al buey Apis sin esperar a que se muera. Que si se muere, lo más probable, racionalmente pensando, es que no resucite ya; pero si se le mata a hierro, escandalizando a sus fieles, es casi seguro que resucitará en otro buey.

Miguel de Unamuno

La Iglesia y la guerra

El problema metafísico y moral. La necesidad de la guerra.

(Véanse los números 12 y 14)

La guerra es un mal espantoso. Las plegarias de la Iglesia hablan de ella en un mismo aliento con la pestilencia y el hambre, aunque la pestilencia y el hambre no están en el mismo nivel que la guerra, porque casi siempre son resultado de la guerra, y porque no se deben a la voluntad humana. La guerra no sólo es un mal como la peste y el hambre; no es sólo derramamiento de sangre, sino que es la exaltación de todo mal moral, mental y físico. Que la guerra es un mal, lo debe reconocer todo hombre y seguramente todo cristiano; pero la mayoría la tienen por un mal necesario, que hay que soportar como algo inevitable.

Quizás una de las más claras divisiones entre los hombres de mentalidad espiritual y los de mentalidad material, es que los segundos saben sólo **hechos:** riqueza y pobreza, contentamiento y descontento, progreso y retrogradación. Para los de mentalidad espiritual las cuestiones más ordinarias de la vida cotidiana son **problemas:** Que hacen pensar en lo que los hechos significan. Para los unos, la guerra es sencillamente un suceso que viene y va como el placer y el sufrimiento. Los otros meditan sobre el significado de la guerra, su origen metafísico, su bien o su mal, la posibilidad o la imposibilidad de evitarla.

La guerra parece haber sido siempre un factor normal en la historia del mundo. Johan von Bloch (1) escribe que aunque para los países civilizados la guerra no es en ningún caso perpetua, ello no obstante, tomando al mundo en conjunto, del 1496 antes de Nuestro Señor hasta el 1861 de nuestra era, sólo ha habido un período total de doscientos veintisiete años en el que no haya habido guerra en ninguna parte: Un año de paz por cada trece de guerra, de manera que podemos decir que el estado de guerra es el normal del mundo.

Este estado de cosas no puede ser completamente independiente del Gobierno Divino. Nos confronta el problema de si Dios positivamente quiere que la guerra sea un elemento en su ordenamiento del mundo. Una de las leyes que Dios ha dado a la naturaleza es la de la lucha por la vida, lo que necesariamente ha de conducir a la formación de un espíritu aguerrido, y pareciera que Dios conduce hacia la guerra directamente, bien por inequívoca manifestación de Su Voluntad o bien dejando de Su Mano a los hombres y a las circunstancias y empleando su conducta de ellos para el logro de Sus Deseos.

De modo que nos preguntamos si este hecho de la recurrencia constante de la guerra surge de una ley de Dios directa o indirecta.

Innegablemente, la lucha es una de las principales condiciones de la vida. Desarrollo y Destrucción son aliados perennes en la naturaleza y en el hombre. Nada vivo puede escaparse de este conflicto. La ley va desde el mundo vegetal hasta el mundo animal y el hombre. Al hombre como a lo demás de la creación, esta ley de lucha lo impulsa, pero también hay en él el deseo, aún cuando la necesidad no lo obligue, de probar su fuerza, de usar el poder que es suyo por herencia. El hombre es, por naturaleza, no sólo regidor sino que conquistador también. Mientras más vivas sean sus fuerzas espirituales y físicas más anhela surgir, extender su influencia, mejorar sus condiciones de vida, adelantar en todo sentido. Todo esto es perfectamente legítimo y puede ocurrir sin faltarse en nada al deber y sin hacer mal alguno. Puede ser indicio de perfección natural, y aún de semejanza con la imagen de Dios.

Pero ni las fieras irrazonables se destruyen ciegamente las unas a las otras. Laboran de consuno para su apoyo mutuo y para su colectividad. Y con el hombre, similarmente, la ley de conflicto debe estar limitada y cercada por la ley de comunidad, de consideración para el prójimo, para todo lo animado y aún para lo inanimado de la creación. Es más verdad decir del hombre que es trabajador por naturaleza que afirmar que es luchador por ley natural. Que no ha habido intención primordial de que sea luchador lo demuestra esto, que carece de armas naturales: No tiene cuernos, ni pezuña, ni veneno en sus colmillos, ni armadura natural. Primordialmente está equipado para ser trabajador y le ha sido daba **la mano.** Ni es justo que el talento que acondiciona al hombre para una vida de labor pacífica lo emplee para la guerra. ¿No es ello acaso contrario a las leyes de la naturaleza? ¿Debe el hombre, que por naturaleza es trabajador pacífico—y, bajo ciertas condiciones, luchador, regidor y conquistador,—ser también guerrero por naturaleza? ¿Será justo y noble que por razón del pecado original de la caída naturaleza humana la guerra sea necesidad? El resultado de la caída del hombre es que la pecaminosidad personal, el sufrimiento y la muerte son inevitables; pero de ningún modo sigue de ahí que un pecado **especial** o un resultado **particular** del pecado sean inevitables, y por tanto que sean inevitables el pecado de la guerra o los pecaminosos resultados de la guerra. Desgraciadamente es muy necesario hacer hincapié en esta verdad con la mayor fuerza posible, porque se nos vive diciendo que la guerra es ley de la naturaleza.

Los romanos fueron más lejos en ese sentido y sostuvieron que el estado natural de las naciones, unas respecto de otras, era el estado de guerra: Que la **Pax** era resultado de **pacisci,** que la Paz era sólo subjeción a las legiones romanas.

Hobbes también enseñó que la guerra es el estado natural y la paz sólo la sujeción de grupos especiales ligados por contrato artificial. Cuando la guerra surge,—según él,—se restaura la condición natural; cuando la paz vuelve de nuevo, se posterga la naturaleza mientras esa paz dura. Quizás no oigamos hoy día esas teorías extremas, pero aún se nos sigue diciendo que la historia enseña la necesidad de la guerra. Bismarck, en el 1891, dijo: "La Guerra es ley de natura. Es la lucha por la vida en forma general, y hasta que los hombres se vuelvan ángeles no cesará". Aquí tenemos una mezcla de verdad y de falsedad. Porque algo ha ocurrido millón de veces, no por ello se convierte en ley de la naturaleza. La conclusión es falsa. Es ciertamente verdad que, mientras mío y tuyo, hombre y mujer, carne y espíritu existan, habrá pecado y sufrimiento. Por ser lo que es la naturaleza humana, es imposible eliminar del mundo esos contrarios. Pero ¿corresponde aplicar a la guerra ese criterio?

Supongamos que no hubiese más guerra, que la guerra hubiese sido abolida para siempre, deberíamos preguntar: ¿Qué ha sido del ordenamiento Divino del mundo? Si el pecado y el sufrimiento ya no fueran más, diríamos que la humanidad ha sufrido cambio; pero si la guerra dejara de ser para siempre, como ha ocurrido con la esclavitud, por ejemplo, diríamos más bien que un mal particular, resultante del pecado, había dejado de existir. Durante siglos los más grandes pensadores de la humanidad, con Aristóteles a la cabeza, consideraban la esclavitud como parte del ordenamiento incambiable y Divino del mundo. La esclavitud fue obra del **hombre,** permitida por Dios, creada por la voluntad pervertida del hombre y abolida por la voluntad reformada del hombre. En su Pastoral del 1914 el Obispo Casartelli, de Salford, pregunta por qué si el siglo xix abolió la esclavitud el xx no debiera abolir la guerra. La esclavitud y la guerra, las dos, son incompatibles con la solidaridad de las naciones. Mientras duró el poder del amo y la debilidad del esclavo, la esclavitud fue considerada como parte del Divino ordenamiento del mundo; y mientras dure el actual sistema de armamentos y su resultado—la explosión de la guerra—se considere como necesidad del Estado, tengamos por cierto que seguiremos oyendo decir que la guerra es parte de la economía Divina. Dios, es verdad, tiene toda cosa en la palma de Su Mano, y en ese sentido es correcto decir que la guerra es elemento del Divino ordenamiento del mundo. Cosa tan tremenda como la guerra debe tener parte bien grande en los consejos de Dios.

En la guerra Dios pesa a las naciones en Su Balanza y las juzga. Pero no impele al hombre contra el hombre en lucha por ley natural ni por mandato expreso.

Lo que es eternamente necesario mientras el hombre sea hombre, es la lucha. La armonía que originalmente vino de Dios en la naturaleza de cada hombre y en las relaciones de cada hombre con sus semejantes, se rompió en la Caída. La carne ya no está sujeta, sin lucha, al espíritu, y este conflicto interior se continúa en el mundo exterior. El hombre

(1) *Der Kriege*, 6 Bände, Bond I, Einl. XI.

tiene que luchar por su existencia y por las necesidades de su vida, y en esta lucha el hombre es adversario de su prójimo.

Cada voluntad individual es libre: Uno quiere esto, uno aquello. El libre albedrío conduce a los hombres, también, a combinarse en grupos y estos grupos tienen una voluntad común que difiere de la común voluntad de otros grupos; y así siempre habrá lucha mientras la naturaleza humana no cambie.

¡Pero la lucha no es guerra!

Si estos grupos no se adiestraran y formaran en ejércitos, lo que llamamos guerra sería imposible. Es decir, si la justicia pudiese ocupar el lugar de la fuerza, y un juicio por ley el de la matanza. Seguramente que esto necesitaría la creación de una policía internacional, pero entonces la guerra, **y no la lucha,** serían echadas fuera del mundo.

La guerra, mientras tanto, es un ejemplo permanente de la perversidad del ordenamiento humano del mundo cuando Dios permite que libremente se desenvuelva este ordenamiento hasta su fin.

LA GUERRA JUSTA Y LA INJUSTA CONFORME AL DERECHO NATURAL

Si se considera a la guerra como medio ordinario de lucha reconocido por la ley de naciones y aceptado por las actuales condiciones de la sociedad, tenemos a bien preguntar: ¿Sobre qué bases morales se justifica y cuáles son sus limitaciones éticas? Así como hay un actitud completamente antifilosófica para con la metafísica de la guerra, así también hay una actitud amoral, a saber, la actitud de quienes no toman en cuenta el aspecto moral del problema de la guerra.

En el límite entre los meros hechos y los problemas creados, está la teoría de que el derecho de hacer la guerra y el derecho en la guerra se derivan simplemente del hecho de la guerra en sí. Se dice que no es necesario justificar la guerra por las máximas ordinarias de la moral, porque la guerra lleva en sí su justificación propia.

Nietzsche dice: "¿Decís que una buena causa hace santa la guerra? Os digo que la buena guerra (esto es, la destrucción del enemigo) lo santifica todo. Todos aquellos que en la guerra se regocijan por ella misma le rinden verdadero homenaje a esta filosofía" (1).

La otra teoría, menos falta de escrúpulos, que era común antes de la Gran Guerra, es que la sangre y el hierro son cura para la debilidad y el ocio. Hegel dice que la guerra nos enseña la vanidad de las cosas mundanas y que convierte en una realidad todo aquello que no era más que charla de predicación (2). El dicho de Moltke es bien conocido: "La Paz eternamente duradera no es más que un sueño, y ni siquiera un sueño bello, mientras que la guerra es un elemento en el Gobierno del mundo dirigido por Dios. Desarrolla en el hombre las virtudes más nobles, el valor, el altruismo, el amor al deber, y el sacrificio del ego. Sin la guerra el mundo se hundiría en el materialismo" (3).

(1) En *Así hablaba Zaratustra.*
(2) *Rechtsphilosophie*, par. 324, *Werke*, Band XII.
(3) En su carta a Bluntchli del 11 de dic. del 1880.

La Gran Guerra seguramente que ha probado la falacia de esta última opinión. Los métodos modernos de la guerra, a base de máquinas, aún pueden producir mucho que sea espiritual y bueno, pero su terrible brutalidad y su origen imperialista y capitalista la hacen una orgía de materialismo mucho más que una influencia, por medio del castigo, tendiente hacia algo elevado y mejor.

Por lo que respecta a la justificación moral de la guerra, la moralidad de un acto depende de lo que primariamente resulte de dicho acto, y no de lo que haya sido su objeto indirecto.

Debemos por consiguiente plantear la cuestión de esta manera: ¿Puede este tremendo trastorno de la guerra, con toda su destrucción y miseria, ser permisible en sí? Es claro que su legalidad propia no es la primordial consideración; la guerra es sólo el medio para el logro de un fin. ¿Y cual es ese fin? No puede ser otro que el mantenimiento o la restauración de la justicia. Cuando se apela a la guerra como último recurso, —después de que toda otra influencia ha sido ensayada y ha fracasado,— para restaurar el imperio de la justicia, entonces y sólo entonces la guerra es permitida por la ley natural.

La justicia es el más alto bien que hay en la tierra. Ni los bienes materiales, ni la posesión ininterrumpida de los bienes mundanos, ni la salud, ni la vida misma, son de tan alta estima y dignidad como el guardar la justicia. Si no hubiese hogar destruído ni vida perdida en la guerra, pero la justicia saliese invindicada, bastaría ello para que la guerra fuese vergonzosa.

El solo hecho de ser la guerra destructora que acarrea en su séquito mucho sufrimiento, no sería causa suficiente para prohibirla. Cuando la guerra se hace en nombre de la justicia violada, entonces su obra de trastorno es más santa que cualquiera consideración de propiedad o de vida, aparte de la justicia.

La consideración puramente abstracta es teóricamente inexpugnable. Pero, —nos preguntamos en este punto,—¿dónde, en el mundo concreto del hombre y de la naturaleza, se puede en realidad hacer una guerra de este alto y santo temple, en servicio de la justicia y para protección del poder moral del mundo?

GUERRAS DE DEFENSA

Cuando, sin causa justa, un Estado invade a otro, le asola la tierra, le da muerte a sus habitantes, y, en una palabra pisotea el derecho y la justicia, entonces el Estado atacado tiene indiscutible derecho a defenderse con ejércitos.

Los individuos y las naciones tienen el derecho de defensa propia, y, en caso de necesidad, el de tomar la vida del enemigo para salvar la propia. Hay de por medio hasta un principio más hondo: El deber de defender el orden moral del mundo contra la injusticia, y en nombre de Dios y del hombre. Peor que el ataque contra la vida humana es el ataque contra el orden que Dios impuso al mundo y que el crimen destruye. En los casos en que el inocente se salva mediante la muerte del agresor culpable, no se quebranta el Quinto Mandamiento. Lo que es de rectitud para el individuo lo es para el Estado también. Si se han probado todos los demás medios y han fallado, la defensa armada se justifica tanto en defensa propia como en defensa del orden moral que Dios dio al mundo: Pues no es Voluntad de Dios que la injusticia quede sin castigo. Hay que desenfundar la espada para resistir un ataque injusto al que puede hacérsele frente sólo por medio de una guerra de defensa.

Se verá, por las condiciones que damos a párrafo seguido, lo fuertemente que la Teología Moral Católica,—que en este caso no hace sino interpretar la ley de la Naturaleza,—insiste en que únicamente una causa justa puede hacer permisible una guerra defensiva:

1) La agresión debe ser inequívoca. El aumento de armamentos de las otras naciones no es bastante razón. Al mismo tiempo, no es indispensable que el enemigo dispare el primer tiro. Basta que el ataque sea cosa segura: Esto constituye la necesidad; pero:

2) La defensiva no debe excederse de la defensa absolutamente necesaria, porque una gran guerra de defensa se convertiría en guerra injusta si el defensor, cuando la suerte se inclina a su favor, intentase más que hacer inofensivo al atacante, puesto que el único motivo para permitir la guerra es que el ataque del contrario sea injusto.

3) Si la justicia estuviese de parte del contrario—si, por ejemplo, el enemigo hubiese ido a la guerra para rectificar alguna grave injusticia cometida por el Estado atacado—este Estado, aún cuando colocado a la defensiva, no tendría derecho de pelear. La justicia prohibiría todo acto de oposición: El Estado culpable debe someterse al castigo que su adversario le imponga.

Ahora, preguntemos: ¿Con qué frecuencia se ha llevado a cabo una guerra de defensa de conformidad con las condiciones de la Ley de la Naturaleza? Si estas condiciones se creen imprácticas, ¿sigue de ello que sean insulsas? No. ¡Ciertamente que no! Son perfectamente justas. ¿Qué sigue, pues, del hecho de ser el hombre y la naturaleza incapaces de hacer una guerra exclusivamente de defensa? Sigue que todo aquel que tenga el valor suficiente para razonar este asunto hasta su inevitable conclusión lógica, hallará que es muy dudosa la posibilidad práctica de semejante guerra como medio de justicia.

Es, para comenzar, casi imposible decidir quién sea el primer agresor, si el

lado que declara la guerra, o el que lanza el ultimátum, o la parte que ha hecho necesaria esa medida. ¿Qué nación reconocerá hoy,—cuando el sentido de la responsabilidad por la guerra es más vigoroso que lo era antaño,—que ella fue quien atacara injustamente? Invasiones repentinas, sin anuncio diplomático, ya no se emprenden en nuestro tiempo. Nadie resulta ahora el agresor, por cuanto no hay quien no pueda demostrar que, en cierto grado, estaba a la defensiva.

En la última guerra, cada Estado defendía o pretendía defender algún ideal sagrado: Serbia se defendía de ser absorbida por Austria; Rusia y Montenegro defendían a los pueblos de su raza; Austria su "prestigio" en los Balcanes; Alemania su fidelidad a su "ideal nibelungo" (**Nibelungentreue**); Inglaterra los derechos de los neutrales; el Japón los intereses mongoles; Francia peleaba para libertar del opresor las provincias que le habían quitado; Italia por la liberación de sus hermanos italianos sojuzgados; Armenia por el ideal democrático. Sólo Bélgica peleaba en defensa propia. Lo que Turquía defendía no es aparente, pero pareciera que se la arrastró contra su voluntad a la pelea. Estos esfuerzos para justificar la guerra mediante pruebas de que la hacían sólo defensivamente, son, hasta donde llegan, un paso en buena dirección, por cuanto demuestran, en comparación con ocasiones previas, un mayor sentido de la responsabilidad moral que recae sobre todos los Gobiernos que declaran la guerra.

Aún si se probase que una guerra dada lo era de estricta defensa, ¿cómo obraría realmente el freno de la llamada medida de protección autorizada? Lo que resultaría prácticamente imposible sería la aplicación de una justicia punitiva, teniéndose la idea de que sólo una de las partes en la lucha debe salir castigada con los males que resulten de la guerra, y se someta quietamente a recibirlos como un chico a quien su padre castiga.

GUERRAS DE AGRESION

Es aún más difícil que tratándose de una guerra defensiva establecer las condiciones morales que justifican una guerra de agresión. Teóricamente esta clase de guerra también puede justificarse. Hemos visto que la justificación de la guerra defensiva se basa no sólo en el derecho de defensa propia sino también en algo más hondo, v. g., el orden moral, que no puede ser atacado sin que se peque contra la ley y también contra el autor de la ley: Dios Todopoderoso. Una guerra agresiva no sólo hace daño al país enemigo y a sus habitantes, sino que hay otros modos mediante los cuales una nación que lucha contra otra, incurre en culpa. ¿Y esta culpa ha de quedar impune?

Mientras no haya un tribunal supernacional con poderes internacionales para imponer castigo, tampoco habrá punición a menos que el Estado agredido se defienda y llame a cuentas al agresor. Esto ocurre cuando la guerra se lleva al país del agresor y la parte agredida toma la ley en sus manos, se erige en juez, por falta de un árbitro, y obtiene satisfacción. Tal, desde los tiempos de San Agustín, ha sido la tradición de la Iglesia Católica con respecto a la justificación de una guerra de agresión. Santo Tomás de Aquinas declara esto claramente (1), y lo propio hacen Francisco de Victoria, O. P., y Francisco Suárez, S. J. Santo Tomás enumera tres condiciones que hacen justa una guerra: 1.—Su declaratoria por la más alta autoridad del Estado: 2—La existencia de una razón justa para ir a la guerra; y 3—Que la guerra tenga un propósito justo (2).

Franziskus Stratmann, O. P.

Sobre incomprensión

(Viene de la página 248)

son incapaces de ver lo irrisorio que resulta eso de que una musa venga a asistir a un señorón mientras devora una chuleta o que una Misa de Palestrina pueda amortiguarle los efectos de un empacho de queso. Todo cuanto dicen lo dicen con seriedad, pero esa seriedad es la cosa más frívola de las muchas en que abundan nuestras frívolas sociedades. Es la seriedad del espíritu incapaz de elevarse lo necesario para reír.

En resumen la magia de esa frase trivial sobre la música y la digestión traen a mi mente la imagen de un tipo de hombre que se sienta a la mesa de un gran restaurante con una seria y algo adusta expresión. Es frecuentemente un hombre de considerable riqueza, pero en lo demás sólo podría ser descrito por medio de una serie de negaciones. No tiene tradiciones y no sabe nada de las grandes leyendas tradicionales que han enriquecido nuestra literatura con las fiestas de los dioses. No tiene verdaderos amigos y por eso su interés está puesto en sí mismo, pero no en lo mejor de sí mismo. No tiene sentido religioso y por eso cree muy firmemente que todas las cosas tienen sólo un origen material. No tiene filosofía y por eso no conoce la diferencia que hay entre el fin y los medios, y sobre todo hay en su esencia una tan profunda y tenaz repugnancia hacia los argumentos de los otros que no puede seguirlos y así cuando alguien le explica cuidadosamente que es un error combinar dos placeres o dos colores ya que unos y otros tienden a compensarse, él sólo recibe la vaga impresión de que alguien dijo que la música es mala para la digestión.

Gilbert K. Chesterton

Londres, 1930.

(1) II, IIae qu. 40.
(2) Estas tres condiciones se discutirán en la entrega número 17.

Estampas

Hagamos de nuestro mundo interior fortaleza invencible.
No trabajamos para la generación que nos hostiliza.
También son hombres los nietos.

= *Colaboración directa* =

¡Mundo exterior y mundo interior! ¡Tan cierta la existencia de estos dos planos de evolución! Cuando se nos habla de ellos en el aula no bajamos al fondo de ese océano en cuyas aguas viven todas las tempestades. Pero sea éste instante de adversidades, vuélvase desigual la lucha y entonces los dos mundos dejan la penumbra de lo irreal. El de afuera tiene todas las agresividades que pugnan por convertir en ruina nuestra vida. Nos refugiamos en el de adentro y si lo hemos poblado, nos salvamos. Si nada grande hemos hecho por él, nos recibe un abismo que nos sepulta.

Todo aquel que quiera hacer obra permanente poblará su mundo interior, lo convertirá en fuerza invencible. Lo de afuera hay que vencerlo en una batalla tenaz, desigual casi siempre. Si nos hieren y nos desanimamos pronto quedamos en un piadoso naufragio, sin salvación posible, como no sea la que convierte al hombre en cautivo. Toda aspiración desata en su vuelo abismos infernales. Las atracciones son formidables. Unas veces nos arrastran contra roca afilada, otras nos riegan el espacio de tiniebla. El intento es siempre devorarnos. Pero nosotros que vivimos de nuestro mundo interior nos rehacemos y la lucha no nos desanima. Podemos así empeñarnos en la salvación de un pueblo que es quizá el sacrificio de más amargura. Lo haremos sintiendo la frialdad colectiva. No trabajamos para la generación que nos hostiliza. Vemos lo duradero.

Meditábamos al dar en "Levana" de Juan Pablo Richter con este pasaje: "Y aun aquel para cuyos hijos venga muy retrasado el fruto selecto, diga para sí: "Mis nietos son también hombres", y continúe sembrando. Sembrar hoy y sembrar mañana y no sentirse abatido en el esfuerzo. Los pueblos necesitan de la siembra copiosa. Otros talan y siegan y los pueblos engañados o indiferentes siguen el ejemplo. Pero si no para el hijo, para el nieto la cosecha que lo libre de miserias; lo terrible es que no haya quien siembre. Es la tarea que más sangra las manos y pone al descubierto la carne. Sin embargo, los que están en ella deben comprenderlo. Richter nos dice que no esperemos el fruto selecto ni siquiera para la generación que creamos. Ahora defendemos la electricidad porque en lo porvenir se volverán infinitos sus usos. Y otros seres tendrán que servirse de ella. Pero si capitulamos ante las tempestades de odios y de enconos que su defensa desata, la electricidad cogerá por el despeñadero que la esclavitud le designa. Si hemos poblado nuestro mundo interior, si hemos llevado a él el amparo de los mayores, al refugiarnos en él nos inundará luz de fortaleza. Lo espantoso es no tener nada en nuestra vida que nos salve de la ruina.

Si al educador le está señalado su calvario precisamente por entender bien su oficio, el abismo no se lo tragará. El dió su saber en el aula oficial, pero también lo siguió dando en la asamblea pública. Había que hablar de la electricidad nacionalizada y el educador habló de ella francamente. Había que combatir el latifundio y no olvidó machacar contra el latifundista y contra el listo que le indica los caminos legales para hacerse potentado. También había que librar de la explotación sin rendimiento a la nación de la industria bananera y el educador encendió su palabra de ardor quemante. Buenas cosas hizo el educador. Es decir, desempeñó bien su oficio. No lo cogieron los problemas de la patria acurrucado en el aula, explicando la cartilla de programas. ¿Y por qué este educador revela inquietudes por cuestiones que no pertenecen al aula oficial? Sencillamente porque conoce su oficio de educador. No lo aislarían hoy si hubiera sido prudente. ¡De cuánto sirve la prudencia en nuestros medios! El prudente va perfilándose en el pilar de la República. Cada día es mayor su derecho a regir los destinos de un pueblo. En cambio, el educador que se desborda del aula oficial es ceñido por un ceñidor metálico y con púas.

Pero como el educador ha poblado su mundo interior la furia exterior no lo devorará. El es un gran estudioso. Vivió en contacto con un gran espíritu que le infundió inquietudes. No se desanimará. Retrasado viene el fruto selecto. No obstante el educador siembra. También son hombres los nietos. Sabe que toda batalla vuelve tempestuoso el aire y éste contagia las aguas. Y como el educador, cualquier otro luchador. No se pierden las batallas que se libran con el pensamiento puesto en la salvación de un pueblo. Lo que no debemos hacer es situarlas en el presente, creer que sus resultados tenemos que palparlos. Busquemos el sitio que ha de recibir la repercusión fecunda. Muchas veces ese sitio está situado a muchos años de distancia. Por lo que Juan Pablo pide que se exclame: "Mis nietos son también hombres".

¿Y por qué no puede llegar también a los que condenan al educador la luz con los lanzazos? Tomemos en cuenta esta posibilidad. No la consideremos muerta. No olvidemos que la defensa de un país hecha por espíritus que no trafican, crea una gran fuerza de bien. Y el bien no es manso. Tiene sus medios de imponerse. Los que lo creen envuelto en gasas andan perdidos. Viste su armadura arrugada. De modo que muchas veces realiza obra inmediata y los condenadores del educador son vencidos y de pronto los ve una nación empeñados en mostrarse con otra faz. Quizá sea la faz que se desvanece cuando el solcillo de la conveniencia baja al poniente. Pero el curso puede ser dilatado y la tregua aprovechará a los que sin vacilaciones, sin cobardías, fuertes, defienden los derechos de los pueblos. La tenacidad para hacer el mal a un país no siempre es sostenida. Cuando faltan los estímulos mengua la ponzoña.

A todo aquel que asalte el desánimo porque la batalla se vuelva desigual hay que internarlo en su mundo interior. Sólo poniéndose en contacto con esa fuente de energía inagotable puede el combatiente hacer obra permanente. El medio es árido, de una aridez de desierto. Pero la siembra no debe interrumpirse. Sembrar y sembrar sin la esperanza de ver el fruto en un futuro compensador. ¿Qué recompensa ha de venirle a quien vislumbra las esclavitudes que traerán a los pueblos los poderes de conquista? Si esos poderes aparecen armados de todos los recursos que inclinan a su lado el favor de la lucha. De modo que quien se enfrenta contra ellos y pide vigilancia a los pueblos mueve en su daño fuerzas que lo destruyen. Sólo que comprendiendo que la ruina está acechándolo no cederá un punto que dé al traste con su voluntad. Sin voluntad no vuela ninguna aspiración. En medio del ambiente de hostilidad que recibe al luchador éste aparece sin sombra de flaqueza. También los nietos son hombres, repetimos con Juan Pablo. Las miserias no recibirán de la posteridad el reconocimiento que es señal de que el fruto ha cuajado. Tratando de deprimir al educador podrá intentarse el exterminio de toda inquietud honrada en bien de la libertad y de la prosperidad de un país. Pero resultará obra vana si ese educador conoce su oficio. Y conocer su oficio es no dar importancia a la tala que otros hacen de su siembra. Conocer su oficio es apegarse a su mundo interior para resistir las mordeduras del mundo de afuera, que es mundo de limitaciones y de achatamiento. Y sobre todo mundo de envidias. El verde intenso de esta pasión malsana riega acechanza por todas partes. Si no las conocemos nos devoran.

En toda lucha honrada es preciso aguardar la compensación. No vendrá perdición para aquel que dándose cuenta de que la esclavitud llega, renuncia a ser prudente y combate con espíritu varonil. En cambio, para el malvado hay el antro que lo devora. Día tendrá en que la desolación le responda por dondequiera que arrastre su existencia. No sembró y segando y talando lo sorprende el agotamiento que afloja todas las clavijas de sus junturas infames. El firme y honrado, por el contrario, no camina seguido por cortejo alguno. Lo funeral no es acompañamiento de vidas que trabajan por el bien de los pueblos. A otros la sepultura abierta a cada paso, dispuesta a tragarse lo que es podredumbre ambulante.

Sembremos y no nos importe el retraso con que venga el fruto selecto. Sembremos sin parar. Talen y sieguen los que nacieron para el medro y la destrucción. También nuestros nietos y los hijos de nuestros nietos son hombres.

Juan del Camino

Costa Rica y mayo de 1932.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: { El semestre, $ 3.25 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Amiel, o el confesor laico

= De *La Gaceta Literaria*. Madrid =

Marañón ha puesto de moda, en estos días españoles, una figura netamente romántica de la Europa laica: el "confesionista" Amiel.

Me he carteado con Marañón en torno a esta figura. Amiel me había inspirado repugnancia hasta hace poco. Aquello de que el paisaje era el alma de uno en estado más o menos interesante, me repelía. De pronto—esta crisis ególatra e individuista que atravieso—me ha presentado a Amiel en atractiva familiaridad, y he sentido su mano que estrechaba la mía paternamente.

Entre Amiel y yo ha servido de enlace simpatizador, naturalmente, un clínico: Marañón. Amiel no ha tenido inconveniente en comunicarle todos sus trastornos sexuales. Yo no he visto gravedad en confiarle los míos, morales. Marañón—gracias a que no es un psiquiatra—nos ha entendido muy bien. Y si no ha traído un consuelo definitivo a nuestras almas desoladas, por lo menos nos ha ofrecido la lucidez de su diagnóstico exacto.

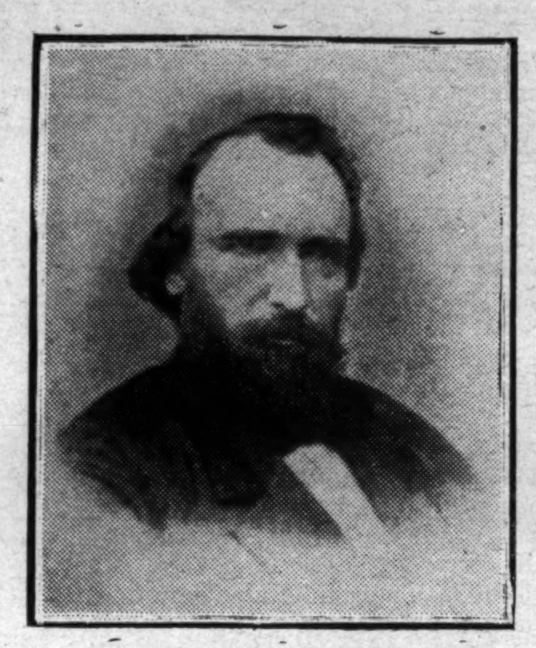
¡Qué lástima que Marañón no vista el hábito de jesuíta, ahora que todos los hombres de Jesús se han marchado de España! (El y Ortega, Baroja y Unamuno, Juan Ramón). Yo he sostenido siempre que la fama de Marañón y su gloria en la Medicina, no se debe a su "cura de cuerpos", sino a su "cura de almas". A "lo cura" que es. Como lo es todo gran médico. Todo gran hechicero en una tribu. ¿Ustedes creen que la Medicina, o cura de cuerpos, ha progresado porque en vez de recetar el hechicero caldo de sapos con cuerda de ahorcado y un diente de parida, receta un específico preparado en Berlín? La Medicina no ha experimentado progreso alguno. El médico de fama sigue curando como el chaman cura a los "poseídos" de una tribu tibetana: a fuerza de sugestión y de magia: a fuerza de especifiquez nigromántica.

De siglos es sabido que la "simpatía" es uno de los factores primordiales del médico. El "savoir faire". Por eso los grandes médicos fueron casi siempre judíos, esto es, almas laceradas de espíritu, capaces de todas las piadosas mentiras y verdades del hombre. El origen de la psiquiatría está en un médico judío: Freud. Y podría decirse que la lucha contra el catolicismo la han sostenido principalmente: el judaísmo con sus médicos y el protestantismo con sus líricos confesionistas. Porque el gran secreto católico, el que hacía y hace posible desde el "milagro" hasta la "extremaunción", el que convertía al catolicismo en una religión superior, exquisita y europea, era ése: ese auténtico y divino sacramento del poder "confesarse" sin miedo, sin pudor, frente a un alma atenta, paterna y absolvente. ¡Ah, "la confesión"!

Por arrancar ese secreto viene combatiendo la heterodoxia, los anticatólicos, desde siglos. Desde Montaigne, el semijudío. Desde Rousseau, el laico de la Naturaleza. Desde Amiel. Hasta Freud.

Esa higiene maravillosa de expulsar periódicamente las defecaciones espirituales, las atarjeas íntimas—en el alcantarillado general de un sistema—que había logrado el catolicismo bajo la técnica de sus "curas de almas", y en especial de sus jesuítas, tenía que provocar a la larga revuelos de revolución, ensayos de rebatiña.

Marañón—en el capítulo publicado en el último número de la "Revista de Occidente"—ve en Amiel quizá demasiadas cosas. Ve, ante todo, un "tímido superior". Espero conocer el libro completo de nuestro querido "cura", para reunir todas sus visiones y confidencias sobre el "caso Amiel".



Federico Amiel

A mí Amiel—lo digo sin asomo alguno de pedantería—me parece un caso bastante sencillo. Porque no lo miro desde un punto de vista clínico, sino histórico.

Lo característico de Amiel—¿no es cierto, Marañón?—fué esto: "que siendo un hombre guapo y dotado regularmente de atributos varoniles, permaneció en castidad, examinando en un "Diario" sus pecados cotidianos, rezando diariamente a una "sola mujer", tan diferenciada y tan ideal, que no la conocería nunca, y reuniendo en torno a un abejar de almas femeninas que acudían cerca de este hombre a buscar consolaciones específicas".

Pues bien: este "caso Amiel" que hace escribir a nuestro Marañón un formidable y bellísimo estudio y movilizar toda una bibliografía copiosa y fatigada, no es, según mi parecer, sino uno de los centenares de casos que se produjeron "normalmente" bajo el clima católico. Es sencillamente Amiel: el tipo del "confesor".

A poco que se frecuente la sociedad católica y se indague entre sus mujeres, se observará que aun hoy existen—en España, en Madrid, sin ir más lejos—varios "Amieles" no menos interesantes que el suizo. Sacerdotes perfectamente dotados de atributos viriles, en perfecta castidad, rezando diariamente a una Inmaculada, una mujer ideal que no encuentran en este mundo, y en perfecta atracción y consuelo de almas rotas de mujeres. Es decir: tipos viriles que—por su castidad—sublimizan todo líbido del sexo opuesto. Conduciendo tal líbido a un sistema de base abnegatoria y despojada. Lo que pasa es que Amiel fué un "clérigo traidor". Amiel tuvo el impudor—característico de todo laicismo—de referir al público "sus secretos confesionales, y sus propias vacilaciones, y sus propias debilidades, y su propia vileza humana". "Amiel", como todo traidor, fué aprovechado, y se le pagó en publicidad el servicio, esto es, en su "misma moneda".

Yo no puedo decir que el "caso de todo confesor" no sea interesantísimo clínicamente hablando. Lo que puedo decir es que no veo mayor interés específico en Amiel que en un Padre Gury cualquiera.

Si se compara el "Diario" de Amiel con una "Casuística" católica, se vería el superior interés de esta última. ¿Ha leído, Marañón, la "Pupilla oculi", de Juan de Burgo, o el "Confessionale" de Bartolomé de Chaymin, o las obras de Lessius y Escobar?

¿Tiene Amiel mayor finura en los consejos a sus penitentes casadas, que esos latines deliciosos de nuestros famosos jesuítas: "Culpa vacant oscula quoelibet honesta aut tactus in partes tum honestas, tum minus honestas (si leviter fiant) inter conyuges ratione affectus conyugalis demostrandi aut amoris confovendi, etiemsi aliquando per accidente sequeretur involuntaria pollutio"?...

Amiel, como Rousseau, como Stendhal, como Dostoyievski, como Baroja, como Proust, como todos los herederos laicos del gran sistema católico, lo que hizo fué verter el confesionario en mitad de la calle, y en eso estuvo su valentía, su originalidad y su desfachatez. El novelista nace donde el confesor termina. El novelista es el confesor que rompe lo casuístico de la confesión: el secreto. Y secreto sin secreto es simplemente escándalo. El "Diario" de Amiel es uno de los libros más escandalosos que se hayan escrito nunca. Porque Amiel no lo escribe para una casta profesional como hiciera el autor de la "Theología moralis universa"; Amiel no escribe un libro para técnicos ni clínicos, sino para todo el mundo, para los "propios penitentes". Libro tremendamente desmoralizador... Gracias a que la mayoría de los penitentes no lo entiende. Como les ha sucedido a todos los grandes "curas modernos". ¿Quién recoge los secretos técnicos de un Dostoyievski, de un Stendhal, de un Baroja, de un Proust? Contadas almas, al fin y al cabo. Porque la técnica de "cura de almas" es resistente a toda democratización, a toda disolución. Es tan aristocrática, que su ápice consiste en la "santidad". ¡Lástima que España, país de santos, deje sin hábitos a los verdaderos Padres espirituales, que comenzaban a merecerlo! Un Marañón, un Ortega, un Unamuno, un Baroja, un Juan Ramón... ¡Catolicidad de nuestros laicos! ¿No sería el tiempo—ahora—de recuperar su traición de clérigos? ¿De reorganizar la disuelta Compañía con la esencia española de su nueva espiritualidad? ¿No visteis el estremecimiento de disgusto con que esas almas laicas acogieron el decreto disolutor de las otras, tradicionales?

Cuando en casa de Marañón acudo a visitarle, y me veo las salas de espera acumuladas de mujeres, y el criado me avisa, y Marañón—viril, casto y sonriente—me tiende la mano, hay siempre en mí un conato inconsciente de inclinarme ante esta mano y besársela; y, alzando los ojos, llamarle con el más viejo saludo de la débil humanidad: "¡Padre!"

E. Giménez Caballero

Imprenta LA TRIBUNA